

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El decálogo del espía

DECÁLOGO DEL ESPÍA

1. Protege tu vida por encima de todo, caiga quien caiga.
2. No confíes en tus compañeros, ni en tus jefes. No confíes absolutamente en nadie.
3. La traición es uno de tus recursos. Utilízala siempre que te convenga.
4. No vaciles en asesinar a quien sea, en el momento en que sea conveniente o necesario para ti.
5. No hay piedad ni respeto para el enemigo.
6. No hay afecto ni lealtad hacia los «amigos».
7. Todos buscan el poder que da el dinero. Haz tú lo mismo.
8. La Humanidad es un rebaño despreciable de seres estúpidos. Sírvete de ellos sin consideraciones.
9. No existe el amor, salvo el que sientes por ti mismo.
10. Las guerras favorecen el poder de los espías. Por lo tanto, fomenta las guerras por todos los medios a tu alcance.

Este decálogo se encontraba en poder de Simón cuando lo encontraron muerto. Como es lógico, Brigitte toma inmediatemente cartas en el asunto.



Lou Carrigan

El decálogo del espía

Brigitte en acción - 266

Archivo Secreto - 215

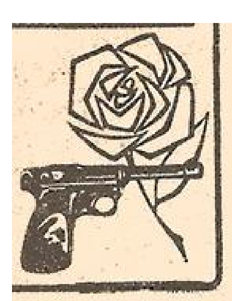
ePub r1.1

Titivillus 20.10.2017

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capitulo primero

Mientras iba agrupando el material que tenía que empaquetar para enviar con urgencia por avión a Nueva York, Frank Minello iba mirando, una vez más, las fotografías que él mismo había tomado. Y cada vez movía pesarosamente la cabeza.

—Es terrible… ¡Terrible!

—¿Qué dices, Frankie? —se interesó Brigitte Montfort.

—Digo que todo esto ha sido un hecatombe, una gran desgracia… ¡Ya veréis como, al final, resultará que habrá habido más de mil muertos!

Brigitte Montfort se mordió los labios. Estaban los tres en la *suite* que habían alquilado los señores Tomasini en el Lido de Venecia. Los tres eran: ella, Angelo Tomasini, es decir, Número Uno, y Frank Minello, que, para trabajar, se reunía con Brigitte en la *suite* de ellos.

Número Uno, tras dirigir una mirada de reojo a Brigitte, miró su reloj y se puso en pie.

—Tengo que irme ya, o perderé las horas de luz que quedan.

Por un instante pareció que Minello fuese a hacer un comentario brusco, pero supo contenerse. A fin de cuentas, habría sido de lo más injusto con Número Uno. Frank Minello y Brigitte, destinados por el *Morning News*, habían llegado hacía algunos días a Italia, para hacer una serie de reportajes sobre los terremotos del norte del país; como siempre que Brigitte abandonaba Nueva York, había avisado a Número Uno, y éste, al saber lo que estaban haciendo en Italia, se había trasladado allá en su avioneta, y había pedido a sus hombres que trasladasen uno de sus helicópteros de Roma a Venecia. Con ese helicóptero, y teniendo como base el aeropuerto veneciano Marco Polo, habían estado haciendo viajes sucesivos a la región siniestrada, y tomando fotografías Minello, y otras Brigitte. Fue todo lo que pudieron hacer, porque las autoridades italianas, aun

agradeciéndola, no aceptaban, por el momento, ayuda de personal no cualificado, por temor a agravar la situación.

Así que, considerando todo esto, Minello no podía reprocharle absolutamente nada a Número Uno. Les había ayudado, el reportaje estaba listo para ser enviado, todo en orden. ¿Qué más podían pedirle? Incluso se había quedado el tiempo suficiente para asegurarse de que las fotos tomadas por Minello habían salido bien y, en caso contrario, volver a sobrevolar la zona más afectada… Claro que, al mismo tiempo, Número Uno había pasado unos días con Brigitte, y eso compensaba de cualquier hipotética molestia, sobradamente…

—¿Volverás a Venecia? —preguntó Brigitte, colgándose del cuello de Número Uno.

—No lo sé. Ante todo, tengo que ver si en Villa Tartaruga hay alguna novedad. Quizá haya llegado alguna de mis palomas con un mensaje, y tenga que trasladarme a cualquier sitio. De todos modos, no creo que podáis hacer nada más, aquí. Si os parece bien, venid allá unos días.

—Ya veremos —Brigitte besó a Uno en la barbilla.

—Yo no voy allá —gruñó Frankie—. Ya estuve una vez, y no me quedaron ganas de volver.

—¡Frankie! —protestó Brigitte—. ¡Mientras estuviste en Villa Tartaruga fuiste el invitado más mimado del mundo!

—Por eso. ¡Me joroba un horror que me mimen!

—¡Qué tonto eres! ¡Con lo que a mí me gusta…!

—Bueno —farfulló—, cada cual es como es. Bueno, este paquete ya está listo. Podríamos ir juntos al aeropuerto —dijo, mirando a Número Uno—. Así me ahorró el dinero del taxi de ida.

Número Uno se limitó a sonreír levemente. Muy levemente. Pero Brigitte captó la sonrisa en el acto.

—¡Frankie, le has hecho sonreír! —exclamó.

—En ese caso, espero que me obsequies pagándome el taxi de vuelta del Marco Polo. No todos los días puedes ver sonreír a este tipo. Bueno… ¡oiga usted!, le espero en el vestíbulo. *Va bene?*

—*Va bene, Francesco!* —asintió Número Uno.

—*Ma che cosa, Francesco, Francesco… Il mio nome é Frankie! Frankie, no Francesco!*

Minello abandonó la *suite* refunfuñando, mientras Brigitte reía

de buena gana. De pronto, se quedó mirando seriamente a Número Uno.

—¿Te das cuenta de que cada vez pasamos más tiempo juntos, mi amor?

—Eso es lo *normal* —dijo Uno.

Brigitte sonrió dulcemente, y cerró los ojos. Angelo Tomasini *Número Uno*, la besó en los labios. Se quedaron así como si el mundo hubiese detenido su marcha, como si sus propias vidas hubiesen quedado en suspenso. Y así estuvieron, en el silencio roto sólo por sus corazones, hasta que sonó la llamada a la puerta de la *suite*.

Brigitte *Baby* Montfort, periodista, y la más peligrosa espía del mundo, separó sus labios de los de Número Uno y susurró:

—Frankie ha olvidado algo.

—No. Es el botones que pedí, que viene a por mi maleta.

—¡Oh, bueno!, te acompañaré hasta…

—No. Quédate aquí, por favor. Te dejo el helicóptero en el Marco Polo. Cuando no lo necesitéis ya para nada, llama a Enrico a Roma, para que venga a recogerlo.

—Sí, mi amor. Seguramente, Frankie y yo haremos algunas fotografías más, y veremos si podemos ayudar en algo. Si no es así, regresaremos a Nueva York.

Angelo Tomasini asintió, besó de nuevo los sonrosados labios, y estuvo unos segundos luego contemplando los ojos azules más hermosos, grandes, extraordinarios del mundo. Unos ojos maravillosos para una mujer maravillosa, de piel dorada, cuerpo espléndido, piernas sensacionales, y, todavía más importante, el más generoso corazón del mundo.

—¡Cuánto amor veo en tus ojos, Uno…! —alentó Brigitte.

Número Uno la soltó, fue adonde estaba su maleta, la asió y salió de la *suite* sin volver la cabeza. Brigitte todavía estuvo unos segundos inmóvil, cerrados los ojos, recordando los de él, tan oscuros y profundos, en los que había visto aquel amor de siempre que jamás se extinguiría. Realmente, la vida de Brigitte *Baby* Montfort no era fácil, siempre corriendo riesgos para ayudar al prójimo, si bien la CIA consideraba que trabajaba para ellos. Aunque ya se habían dado cuenta de que ella, en definitiva, hacía siempre lo que creía justo. Ni más ni menos. Pero hacer eso la había

colocado, muchas veces, en difíciles situaciones. Y en otras, su vida había estado pendiente de un hilo. No era una vida normal y corriente la suya, no… Pero tampoco era corriente ni normal lo que tenía Brigitte Montfort, empezando por el amor de Número Uno, Unas cosas compensan de otras.

Brigitte suspiró profundamente, y abrió los ojos.

—Será mejor que ordene un poco todo esto —dijo en voz alta.

Se dedicó a poner orden en la *suite*, recogiendo papeles escritos a máquina, fotografías desechadas, periódicos, revistas… Todo referido al terremoto sufrido en Italia en aquel aciago principio del mes de mayo. Se hablaba ya de más de seiscientos muertos. Frankie tenía razón: a la hora de la verdad, las cuentas arrojarían una cifra no inferior a mil. Un terremoto, prácticamente, en el centro de Europa…

Ya recogido todo, se bañó, casi dándose prisa, pues no quería que el granuja de Frankie la encontrase en la bañera. Consiguió su propósito. Ya seca y perfumada, se puso el albornoz, encendió un cigarrillo y se sentó a fumarlo tranquilamente, meditando. Saldría a cenar con Frankie aquella noche, y al día siguiente darían una vuelta por allá arriba otra vez, con el helicóptero. Si no podían ser útiles a nadie, tomarían unas cuantas fotos más y regresarían a Nueva York. Estaba decidido. Número Uno habría despegado ya haría rato, claro. Debía estar volando ya lejos de Venecia, hacia el sur…

Terminó el cigarrillo, fue al armario y sacó el maletín rojo con florecillas azules. De éste extrajo la radio, que, como siempre que permanecía con Uno en un sitio, tenía la onda especial de ellos dos. Ya no era necesaria esta onda, así que, siguiendo otra costumbre, fue cambiando la disposición de las placas utilizando el pequeño punzón…

Bip-bip-bip-bip…

Brigitte se quedó atónita, mirando la radio. Por un momento creyó que la había estropeado, y que ella misma había provocado aquella incomprensible llamada. Pero, incomprensible, ¿por qué? Sólo inesperada, que no era lo mismo. Había colocado ya la onda de la zona en la que estaba incluida Venecia, y su radio sonaba. Es decir, que la CIA estaba en actividad en Venecia, en aquel momento. Sonrió al pensar que algunos de sus queridos Simones

estaban comunicándose entre sí, en aquellos momentos. ¡Qué poco debían imaginarse que tenían a la agente Baby muy cerca! Sólo tenía que apretar un botoncito y se enteraría de todo lo que hablasen dos o más agentes de la CIA. Estaba vacilando, cuando la radio dejó de sonar. Titubeó, volvió a sonreír, y la dejó dentro del maletín. Se dedicó a elegir el vestido para salir a cenar aquella noche con Frankie. Podrían ir a…

Bip-bip-bip-bip…

Era irresistible.

—¿Hola? —Abrió Baby el canal, dispuesta a darles una broma a sus queridos Simones.

—¡Por fin! —Casi gritó un hombre—. ¿Es usted, Baby?

Brigitte quedó un instante atónita.

—Sí… ¿Qué ocurre, Simón?

—Unos compañeros de Berlín han llamado esta mañana a la Central, y allá les han contestado, poco después, que llamasen a Venecia si querían ponerse en contacto con usted. De modo que los de Berlín nos han llamado a Venecia, y nosotros la estamos llamando a usted hace varias horas. ¿Tenía la radio estropeada?

—No, no… La tenía con otra onda… ¿Qué ha pasado en Berlín?

—Bueno…

—¿Han matado a uno de los nuestros? —susurró Brigitte.

—Sí.

—Comuníquese con Berlín y avise de que salgo para allá en el primer avión que despegue del Marco Polo.

* * *

El avión de la Lufthansa procedente de Venecia llegó al aeropuerto de Tempelhof, en Berlín, a las veintidós horas cuarenta y dos minutos, exactamente. Era una noche lluviosa y casi fría, poco acorde con la primavera; al menos, con la primavera que podía encontrarse tan sólo unos cientos de kilómetros hacia el sur de Europa. Pero, seguramente, aunque hubiese hecho un sol radiante, la bellísima pasajera de los ojos azules habría llegado a Berlín con el mismo gesto sombrío.

Entre los ojos, el gesto, y sobre todo el maletín rojo con florecidas azules, el hombre que esperaba hacía más de una hora en

el vestíbulo de los vuelos internacionales no tuvo la menor dificultad en identificarla. Pero, como había que asegurarse, se acercó a ella, mirándola fijamente. La pasajera se detuvo, sosteniendo la mirada.

—¿Baby?

—Así es, Simón.

El agente de la CIA asintió, se hizo cargo de la pequeña maleta de Brigitte Montfort, y señaló hacia fuera del aeropuerto. A los pocos segundos de salir, un coche se detuvo ante ellos. Subieron los dos, y el coche reemprendió la marcha. Al volante, el hombre que conducía volvió la cabeza un instante.

—¿Quiere que vayamos a verlo?

—Sí.

—Lo tenemos cerca de aquí, todo preparado para enviarlo a casa. No lo hemos hecho aún, porque entendemos que usted suele despedirse de los que morimos.

Brigitte no contestó. Los dos hombres también se mostraban sombríos. El coche rodaba poco después por la Tempelhofer Damm Mehringdamm. Pasaron por delante de Viktoriapark, que quedaba a la izquierda. Unos minutos más tarde, el coche pasaba por la Mehringplatz, y un par de calles más arriba se desviaba a la derecha. Por fin se detuvo ante un edificio de dos pisos, viejo, y tan sombrío como todo lo que les rodeaba. No se veía una sola persona en la calle.

El agente que había conducido señaló hacia adelante.

—Tenemos el Chekpoint Charlie a tiro de piedra, prácticamente.

—Esa es ya una vieja historia —musitó Baby.

La vieja historia del muro de Berlín, que nadie había podido derribar. La espía se apeó, y fue en pos del Simón que la había recibido, hacia el interior de la casa, mientras el otro Simón metía el coche en los bajos de la casa. Dentro de ésta había dos hombres más… Uno recibió a los recién llegados y les condujo hacia una habitación de la planta baja. El otro estaba en aquella habitación, de pie junto al cadáver del agente de la CIA asesinado, que yacía sobre una cama estrecha y triste, deprimente. Todo era deprimente. Junto a la cama, una caja de las medidas de un ataúd esperaba el momento de recibir aquel cuerpo que llegaría por conducto especial, rápido y clandestino, a Washington.

Brigitte estuvo contemplando el cadáver unos segundos, antes de murmurar:

—¿Cómo se llamaba?

—Roger Mackey… Le mataron por la espalda. Tres balazos. Dos de las balas están en el corazón, sin duda alguna. La tercera, un poco más hacia abajo y afuera. Tenía veintinueve años.

La agente Baby asintió. Deslizó dos deditos por las frías y rígidas facciones del agente muerto.

—¿Cuánto hace que le mataron?

—Calculamos que debió ocurrir la madrugada pasada, hacia las seis o las siete de la mañana. Quizá un poco antes. Es decir, que hace unas dieciocho horas. Tenemos una pista importante: parece que pudo hacerlo una mujer.

Brigitte miró al agente que la estaba informando. Luego, miró de nuevo el cadáver. Se inclinó, le besó en los rígidos labios, e hizo un gesto. Sus compañeros de la CIA comprendieron. Cinco minutos más tarde, el cadáver era sacado de la habitación, envuelto en una sábana y metido ya dentro de la caja. Dos minutos después, la caja, en una camioneta, partía hacia Tempelhof. El agente de la CIA que mandaba en Berlín, tomó de un brazo a Brigitte y la llevó al saloncito.

Allí se estaba mejor; la decoración y el mobiliario eran vulgares, pero confortables, amables. Brigitte se sentó en un sillón. Los tres Simones la miraban atentamente. Por fin, Simón-Berlín hizo una seña a otro, y éste fue a la cocina. Regresó con una bandeja llena de bocadillos, latas de cerveza, una botella de vino y queso. Brigitte miró todo esto, miró luego a sus Simones, de nuevo la comida y la bebida… Asintió en silencio. Simón-Berlín le sirvió vino, y le puso en una mano uno de los bocadillos. Atrajo otro sillón y se sentó frente a Brigitte.

Le tendió la fotografía que sacó de un bolsillo.

—Se llama, o se hace llamar, Marlene Hellform. Está alojada en la habitación 39 del hotel Koppfman, en la Budapester Strasse, frente a los Jardines del Zoológico. ¿Conoce usted Berlín?

—Bastante. Sé dónde está la Budapester, desde luego, y los Zoologischer Garten. Quiero decir que entiendo que todo esto está ocurriendo en el Berlín-Oeste, no detrás del muro. Seguramente, eso simplificará las cosas. ¿Quién es esa Marlene Hellform?

—Todo lo que sabemos de ella es el nombre, y que está alojada en el Koppfman. En cuanto tuvimos noticias de su existencia, nos ocupamos de ella y le tomamos fotografías. Naturalmente, la Hellform está controlada. Si hace algo que valga la pena ser estudiado, lo sabremos en el acto.

Brigitte se dedicó unos segundos a estudiar en silencio los rasgos de la mujer llamada Marlene Hellform. Era una hermosa pelirroja de unos treinta años. Largos cabellos, ojos grandes e inteligentes, cuerpo hermoso, espléndido. Vestía bien, con discreta elegancia. En las mejillas destacaban las manchitas de unas cuantas pecas.

—¿Cómo obtuvieron su pista, y tan pronto? —musitó.

Simón, que le había ido proporcionando diversas fotografías de Marlene Hellform, para que la fuese viendo con detalle, se reservó las que todavía tenía a disposición de Baby, y le tendió una cartulina, del tamaño aproximado de un naipe. En la cartulina, escrito en mayúsculas y sin duda a toda prisa y con dificultades, ponía:

«*Marlene Hellform*
Hotel Koppfman
Berlín».

—¿Y esto, de dónde lo sacaron?

—Lo llevaba encima nuestro compañero cuando fue hallado. Es decir, se lo encontramos nosotros cuando le registramos.

—¿Roger Mackey pudo hablar con alguno de ustedes? —Le miró sorprendida Brigitte.

—No, no. Fue hallado muerto muy cerca de la puerta de nuestra embajada, aquí, en Berlín. Uno de los diplomáticos que duerme en la embajada acostumbra levantarse muy temprano, generalmente hacia las cinco; parece ser que está escribiendo un libro. Bien, hacía un rato que estaba trabajando, no recuerda cuánto, cuando oyó un grito afuera. Había tanto silencio hasta entonces que se sobresaltó… Le pareció un grito de dolor, desde luego. Abrió la ventana y miró, por si veía algo que le aclarase lo que sucedía. Todo lo que vio fue a Roger Mackey tendido cerca de la puerta de la embajada. Se puso un abrigo sobre el pijama y el batín, y bajó. Cuando llegó junto a Mackey, éste ya había muerto, desde luego. No había nadie por allí,

no se oía ni se veía nada. Por la documentación de Mackey vio que era un compatriota, así que decidió entrarlo en la embajada. Luego, tuvo el pálpito de que podía ser de los nuestros, y buscó el contacto por el método usual. En cuanto le confirmamos que Roger Mackey era, en efecto, de la CIA y que hacía un par de días que había desaparecido, comenzó a ponerse nervioso, pero no le dimos mucho tiempo, claro está. Nos presentamos inmediatamente en la embajada, y arreglamos las cosas de modo que, oficialmente, no existía cadáver alguno. Lo trasladamos aquí, lo registramos, y llamamos a la Central. Allá nos dijeron que, dadas las circunstancias de la muerte de Mackey, la avisarían a usted, como siempre, y que…

—Ya sé el resto, y aquí estoy. Entiendo que Mackey había desaparecido hacía dos días… ¿No saben nada, al respecto?

—En absoluto. La verdad es que no estábamos muy preocupados. Era un tipo duro, se lo aseguro. Por otra parte, casi todos hacemos cosas así alguna vez, ya sea por descuido debido a la falta de emoción en los últimos tiempos, o porque hay algún pequeño problema de comunicación y preferimos esperar, en lugar de complicarnos la vida o complicársela a algún compañero.

—Ya. Entonces, sólo sabemos que llevaba dos días desaparecido cuando reapareció… Y reapareció cerca de nuestra embajada, corriendo hacia ella…, y llevando detrás a alguien que le metió tres balas en la espalda. ¿Las tres balas son de la misma pistola?

—Sí.

—Bien… Habrá que interrogar a Marlene Hellform respecto a este asunto —dijo secamente Baby—. Iniciaremos una…

—Dele la vuelta a la cartulina.

La divina espía alzó las cejas. Luego, dio la vuelta a la cartulina y parpadeó al ver que allí también había algo escrito. Algo más largo que el simple nombre de la Hellform y el hotel en que estaba. Además, no estaba escrito a mano de cualquier manera, sino pulcramente impreso, en alemán:

Allí, en aquella cartulina, ponía:

DECÁLOGO DEL ESPÍA

1. Protege tu vida por encima de todo, caiga quien caiga.
2. No confíes en tus compañeros, ni en tus jefes. No confíes *absolutamente en nadie*.
3. La traición es uno de tus recursos. Utilízala siempre que te convenga.
4. No vaciles en asesinar a quien sea, en el momento en que sea conveniente o necesario para ti.
5. No hay piedad ni respeto para el enemigo.
6. No hay afecto ni lealtad hacia los «amigos».
7. Todos buscan el poder que da el dinero. Haz tú lo mismo.
8. La Humanidad es un rebaño despreciable de seres estúpidos. Sírvete de ellos sin consideraciones.
9. No existe el amor…, salvo el que sientes por ti mismo.
10. Las guerras favorecen el poder de los espías. Por lo tanto, fomenta las guerras por todos los medios a tu alcance.

Cuando Brigitte alzó la cabeza, su estupefacta mirada quedó fija unos segundos en los ojos de Simón, que sonreía con la boca echada hacia un lado. De pronto, también Baby sonrió…, pero con un destello fiero en las azules pupilas.

—¡Fantástico! —dijo festivamente—. En verdad fantástico. ¡De modo que alguien se ha molestado en confeccionarnos un decálogo a los espías!

—Un decálogo que no se puede decir que sea, precisamente, la ley de Dios.

—Evidentemente. Vaya, es increíble… ¿Y esto lo llevaba encima nuestro Simón?

—Sí.

Baby leyó otra vez el decálogo. Luego, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Para ser sincera con ustedes, sólo se me ocurre una cosa con vistas a intentar encontrar alguna explicación a esto: ir a conversar con Marlene Hellform.

Capitulo II

Marlene Hellform, según los informes de Simón-Berlín, ocupaba la habitación 39 del hotel Koppfman, así que, tras vencer pequeñas dificultades de horario y de acceso al hotel, la agente Baby llegó finalmente ante la puerta señalada con este número. Ya eran las doce y media de la noche, y las probabilidades de encontrar a alguien en el pasillo eran prácticamente nulas. En el borde del tramo de escalones descendentes, Simón-Berlín miraba atentamente a la divina espía, que le hizo una seña. Simón desapareció de la vista y Brigitte llamó quedamente a la puerta 39.

Un minuto más tarde, repitió la llamada. Segundos más tarde, oyó la voz, al otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Un telegrama urgente para usted, señorita Hellform —dijo Baby, en perfecto alemán.

Dentro de la habitación se oyó una exclamación. La puerta se abrió de par en par, y quedó visible Marlene Hellform. Llevaba un pijama delicioso, y encima, un salto de cama sencillamente encantador. Era preciosa. Sus cabellos parecían de oro viejo a la luz del sol, mostrando una rojez en verdad magnífica. Sus verdes ojos, grandes e inteligentes, eran bellísimos…

Y en aquel momento contemplaban con expresión de ligero sobresalto la pistolita que empuñaba la visitante de los ojos azules, y con la que le apuntaba al centro del pecho. Marlene Hellform era de reflejos rápidos, desde luego.

—¿Quién es usted? —entornó los ojos.

Brigitte movió la mano armada, de modo que Marlene comprendió. Retrocedió, mientras la visitante adelantaba, entrando en la habitación. Cerró la puerta con un pie, dejó el maletín rojo con florecillas azules a un lado, y señaló la cama.

—Tiéndase en ella, boca abajo, y ponga las manos en la nuca.

Marlene apretó los labios. Había estado durmiendo, evidentemente, pero ya no tenía ni pizca de sueño. Se tendió en la cama, colocándose en la postura exigida por Baby. Ésta se acercó a la cama, pasó la mano izquierda por debajo de la almohada, y luego la deslizó por la espalda de Marlene, y por su bajo vientre, las ingles, las axilas…

—No duermo armada —dijo Marlene, sarcástica.

—Permanezca como está.

Durante casi cinco minutos, Baby estuvo examinando detenidamente la habitación, en busca de algún micrófono de cualquier tipo o de alguna conexión que Marlene pudiera tener con alguien del exterior. Pero, evidentemente, no era así, ya que entonces ella no habría admitido, quizá, la existencia de un telegrama a aquella hora. Y esto llevó a Brigitte a otra idea.

—¿Está esperando a alguien o algo? —preguntó.

Marlene, tendida todavía en la cama, la miró de reojo y apretó de nuevo los labios. Tranquilizada ya respecto a la existencia de sistemas de escucha en aquella habitación, Brigitte acercó a la cama un silloncito decorado en color salmón, como el resto de la habitación. Se sentó junto a la cama y preguntó, amablemente:

—¿Está esperando algo o a alguien, en este hotel?

Marlene Hellform permaneció en silencio. Baby se incorporó un poco, alzó la pistolita y la dejó caer con fuerza contra el bien redondeado trasero de Marlene, que ahogó un grito de dolor y saltó en la cama… Una violenta bofetada la derribó de nuevo de bruces, y la punta de la pistolita de cachas de madreperla se apoyó en su nuca.

—No la he autorizado a moverse —dijo Baby—: sólo a contestar a mis preguntas. ¿Está esperando a alguien?

—Sí —jadeó Marlene.

—Vamos mejorando. El golpe en esa región sólo va a ocasionarle un hematoma sin importancia. Si tengo que volver a convencerla, golpearé en hueso. ¿Está claro?

—Sí.

—Póngase sentada en la cama. Una mano sobre cada rodilla, las piernas cruzadas… Eso es. Bien: ¿a quién está esperando?

—No lo sé… ¡De verdad que no lo sé!

—No se ponga nerviosa. ¿Conoce a un hombre llamado Roger

Mackey?

—No… No. ¿Quién es?

—¿Para quién trabaja usted? —preguntó a su vez Brigitte.

—Para nadie.

—Escuche, puesto que no es amiga de Roger Mackey no voy a tenerle ya ni siquiera las pequeñas consideraciones del principio. De modo que le aconsejo que se atenga en todo momento a la estricta verdad para contestar a mis preguntas. ¿Para quién trabaja usted?

—Aquí, en Berlín, para nadie…, por el momento.

—¿Qué quiere decir *por el momento*?

—He venido aquí a esperar contacto con una persona que va a darme un buen empleo. Se me dijo que viniese a esperar en el Koppfman de Berlín, y hace más de dos días que estoy esperando… Por eso, cuando usted dijo que era un telegrama, creí que era alguna aclaración sobre esta cita estúpida. Tenía pensado marcharme mañana, si a mediodía no había tenido contacto con nadie. ¿Usted es quien tiene que contratarme?

—Claro que no. ¿Quiere decir que no sabe quién la va a contratar?

—No. Me avisaron por medio de una nota que encontré en mi apartamento de… de Munich, y…

—De Moscú, querrá decir —sonrió secamente Brigitte.

—No comprendo de qué habla.

—Estoy diciendo que usted es rusa, *fräulein* Hellform. Al igual que yo, habla estupendamente el alemán…, pero no lo suficiente para engañarme a mí. ¿Tiene su pasaporte, por favor?

—Está… todavía en las oficinas del hotel.

—Se refiere, claro, al pasaporte alemán. Pero yo le estoy hablando del pasaporte ruso. ¿Lo lleva encima o no?

—No, no. Yo sólo tengo un pasaporte…

Baby sacó de un bolsillo del abriguito de entretiempo la cartulina que había sido hallada en el cadáver de Roger Mackey, y la tendió a la pelirroja, que la tomó, leyó el decálogo, y luego miró atónita a la espía americana.

—¿Usted ha escrito esto? —exclamó.

—¿No le gusta ese decálogo?

—Es una barbaridad. ¡Yo pienso que…!

—Dele la vuelta a la cartulina.

Así lo hizo Marlene. Después de leer su nombre, volvió a mirar atónita a la espía americana.

—No entiendo nada… ¿Qué significa esto?

—Lo llevaba encima el hombre llamado Roger Mackey. Él está muerto, ahora, con tres balazos en la espalda. En estos momentos quizá haya salido ya rumbo a Estados Unidos. Mientras tanto, yo…

—¿Baby? —exclamó Marlene, abriendo mucho los ojos—. ¿Es usted Baby, de la CIA?

—Sí.

Para asombro de la divina espía, Marlene Hellform suspiró profundamente, expresando gran alivio. Inmediatamente comenzó a hablar en ruso:

—Tiene razón, soy rusa… Me llamo Nadia Uchenko, y trabajo para la MVD. Le aseguro que es verdad que estoy destinada en Francfurt…

—¿No ha dicho Munich antes?

—En Francfurt —sonrió Nadia Uchenko—. Todavía no podía confiar en usted.

—¿Y ahora sí?

Nadia se mostró sorprendida.

—Naturalmente. A menos… ¿Tiene usted algo que ver con esta cita mía?

—No. Al parecer, era mi compañero Roger Mackey quien se proponía hacer contacto con usted. Pero le asesinaron por la espalda, camino de nuestra embajada. Es decir, lo alcanzaron delante mismo y le dispararon a placer.

—Lo siento. No sé nada de eso, de verdad. Simplemente, hace tres días encontré una nota cuando regresé a mi apartamento. La habían echado por debajo de la puerta. En la nota me decían que viniese aquí, si quería ganar doscientos cincuenta mil marcos. Y aquí estoy. No sé nada más…, excepto que estoy retrasando demasiado mi regreso a Francfurt. Eso puede traerme complicaciones con mi servicio. Le aseguro que no conocía a Roger Mackey, ni sé nada de su muerte. En realidad, no sé nada de nada…, pero sí sé que me gustaría embolsarme doscientos cincuenta mil marcos alemanes.

—Es natural… ¿Por qué me mira así?

—Pues… ¡Bueno, no puedo creerlo! —rió nerviosamente Nadia

Uchenko—. ¿De verdad estoy conversando con Baby?

—¿De verdad estoy conversando con Nadia Uchenko? —replicó Brigitte.

—¿Quiere ver mi verdadero pasaporte?

—Sí.

Nadia Uchenko saltó de la cama y, bajo la vigilancia atentísima de Brigitte, sacó su pasaporte ruso, escondido en el doble fondo de la maleta. Brigitte lo examinó, y tuvo que reconocer que era auténtico. Se lo devolvió a la rusa, preguntando:

—¿De verdad me ha contado la verdad?

—No se burle de mí —refunfuñó la rusa—. Comprendo que no quiera confiar, pero no veo por qué tiene que burlarse. No sé en qué clase de juego me han metido, pero le aseguro que no tengo nada que ver con la muerte de uno de sus Simones.

La divina sonrió fríamente.

—Parece que mis chicos y yo somos famosos —murmuró—. Está bien, Nadia Uchenko, según entiendo, todo lo que usted ha venido a buscar a Berlín es dinero. ¿Es así?

—Desde luego… Pero… Bueno, ya que estoy aquí, me gustaría… llevarme una copia de ese decálogo del espía. ¿Usted no me permitiría…?

—No. Tengo otros planes con respecto a este decálogo, y usted los conocerá en su momento. Doscientos cincuenta mil marcos serían, al cambio actual, unos… cien mil dólares, ¿verdad?

—Más o menos, sí.

Baby Montfort estuvo estudiando especulativamente a Nadia Uchenko casi medio minuto. De pronto, se puso en pie, fue a la puerta, la abrió, e hizo una seña hacia el pasillo. Segundos más tarde, Simón-Berlín entraba en la habitación 39 del hotel Koppfman del Berlín Oeste.

Capitulo III

Al hotel Koppfman llegó, a la mañana siguiente, un hombrecillo de unos cincuenta años, menudo, delgado, tan insignificante que ni siquiera su barbita bien recortada llamaba la atención. Era, en resumen, esa clase de sujeto acicalado y rígido al que se mira con benevolente simpatía, pero sobre todo con bastante guasa, debido a su aspecto insignificante, y que pese a esto se da aires de importancia.

En conserjería preguntó por *fräulein* Hellform; le informaron que ocupaba la habitación 39, y subió en el ascensor con el aire de quien, cuando menos, está tripulando una nave espacial con destino a la luna. El botones que manejaba el ascensor, un muchacho de apenas dieciséis años, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no soltar la carcajada delante de aquel hombrecillo que se iba contemplando en el espejo del ascensor con gran complacencia de sí mismo. Se arregló la corbata, se atusó la barba, pareció admirarse a sí mismo con sus oscuros ojos cansados, y hasta sonrió, como si quisiera asegurarse de que tenía todos los dientes y de que estaban decorosamente limpios.

—Tercer piso, señor.

—Gracias, jovencito.

El hombrecillo salió del ascensor, se fue directo a la puerta señalada con el número 39 y llamó. A los pocos segundos la puerta fue abierta. El sujeto de la barbita se quedó mirando a la espléndida mujer de rojos cabellos, verdes ojos y rostro pecoso que le contemplaba con expectación.

—¿Qué desea? —murmuró ella.

—¿*Fräulein* Hellform?

—Sí…

—Me llamo Job Erhard. Entiendo que está usted esperando un contacto.

—Así es.

—Soy yo. ¿Puedo pasar?

Fräulein Hellform se apartó, y el grotesco personaje entró en la habitación, cuya puerta cerró la hermosa pelirroja. Job Erhard se volvió hacia ella, la miró de arriba abajo y viceversa, y acabó por fruncir el ceño.

—Francamente, *fräulein* Hellform…, la encuentro a usted excesivamente hermosa.

—¡Ya ve qué cosas tiene la vida! —sonrió Marlene Hellform—. Yo siempre he pensado que me gustaría ser aún más hermosa… Y ahora viene usted a decirme que ya lo soy demasiado. Por supuesto, no estoy de acuerdo con usted, pero no me parece inteligente iniciar nuestras relaciones con una discusión. ¿Es usted la persona que va a pagarme doscientos cincuenta mil marcos alemanes?

—Si se los gana, sí.

—Los ganaré. Y empezaré a demostrarle mi inteligencia no discutiendo con usted. Lo difícil, *herr* Erhard, es parecer hermosa cuando se carece de hermosura. Pero parecer fea utilizando pequeños camuflajes no resulta difícil, ni mucho menos. Cualquier mujer sabe utilizar un maquillaje según le convenga.

—Me parece que interpreto con exactitud sus palabras… ¿Está sola?

—No —rió Marlene—: ¡tengo un par de amantes bajo la cama!

Job Erhard volvió a quedarse mirando fijamente a la bella alemana. Acabó frunciendo el ceño, al mismo tiempo que se sentaba en uno de los silloncitos de la habitación. De un bolsillo interior de la chaqueta sacó un sobre, que tendió hacia Marlene. Ésta lo tomó, sacó el fajo de billetes alemanes y los contó.

—Veinticinco mil marcos —murmuró—. ¿Y bien?

—Es el diez por ciento de la cantidad ofrecida. El resto lo tendrá cuando termine el trabajo. Y no me pregunte qué trabajo es porque no pienso decírselo, por el momento.

—No se preocupe por mi curiosidad —sonrió sarcásticamente Marlene, devolviéndole el dinero—. ¡Buenos días, señor Erhard!

—¿Qué quiere decir? —Parpadeó el hombrecillo.

—Quiero decir que nunca emprendo un trabajo si no he cobrado, por adelantado, el cincuenta por ciento como mínimo. Hace ya algún tiempo que dejaron de interesarme las limosnas…

Hoy día, yo las hago, no las recibo.

—Para recibir en este mismo momento ciento veinticinco mil marcos, usted tendría que saber hablar en ruso —dijo en este idioma Job Erhard.

—No sé qué clase de juego es el suyo —dijo Marlene, hablando también en ruso, y mucho mejor que Erhard—, pero yo no acostumbro perder el tiempo. Hace ya tres días que falto de mi destino en Francfurt y empiezo a estar preocupada. De modo que dígame de una vez qué es lo que quiere, y terminemos.

—Habla usted muy bien el ruso. Todo sería perfecto si, además, tuviese un pasaporte ruso.

Marlene le contempló con el ceño fruncido. Luego, del doble fondo de la maleta que sacó del armario, extrajo un pasaporte soviético, que tiró a las manos de Job Erhard. Éste estuvo hojeando el documento, miró y remiró la foto de la titular y, por fin, lo devolvió.

—Perfecto, camarada Uchenko.

—Sigue pareciéndome todo una tontería —refunfuñó Nadia Uchenko, dejando a un lado su papel de Marlene Hellform.

Job Erhard sacó otro sobre del bolsillo. Nadia sacó el dinero que contenía y lo contó rápidamente. Cien mil marcos. Total, ciento veinticinco mil marcos. Lo guardó todo en el sobre grande, y miró a Erhard.

—Muy bien —asintió—. ¿Cuál es el trabajo?

—No es aquí, sino en el Berlín-Este. ¿Lo conoce?

—Puedo arreglármelas allí.

—¿Quiere decir que tiene amigos, que hay allí gente que la conoce personalmente?

—No. Soy yo quien conoce la ciudad.

—Eso está mejor. Naturalmente, el cerebro director de este asunto voy a ser yo, pero quiero estar bien seguro de que mis muñecos van a moverse de acuerdo a mis instrucciones.

—¿Debo entender que me considera una muñeca?

—Una hermosa muñeca —sonrió Job Erhard—. Tanto, que cabe la posibilidad de que cuando hayamos terminado el trabajo le conceda el privilegio y el placer de acostarse conmigo… Una sola noche, naturalmente, no más.

Nadia Uchenko entornó los ojos. Luego, sonrió deliciosamente.

—Una sola noche en la cama con usted, debe valer por toda una vida —dijo, con voz de miel—. ¡Espero que no olvide su promesa, querido mío!

—Haré todo lo posible por complacerla. Y ahora, le ordeno que se vista adecuadamente, recoja sus cosas, pague el hotel y salga a la calle… La recogeré con un coche, y la llevaré adonde quedará instalada hasta el momento de la acción.

—¿Quiere decir hasta el momento en que nos dediquemos alegremente al amor?

—No, no estoy hablando de eso.

—Como ha dicho que habrá acción…

—Pero no sexual.

—Terrible, profunda decepción la mía, querido Job.

—No soy su querido Job. A partir de ahora deberá llamarme Mein Chef. Yo soy el creador de todo el plan, de toda la idea, soy quien da todas las órdenes y lo dirige todo, de cabo a rabo. Por lo tanto, soy su jefe, y así me llamará Mein Chef. ¿Está claro?

—Clarísimo. Mientras dure nuestro acuerdo, usted será mi querido jefe.

—Nuestro acuerdo durará siempre. No sé si entiende usted, camarada Uchenko, que ha empezado a trabajar para mí, y una vez se empieza a trabajar para mí, es imposible dejar de hacerlo.

—Debo recordarle a usted —frunció el ceño Nadia— que yo estoy al servicio de la MVD rusa, Mein Chef.

—Eso ha sido hasta ahora. Y precisamente va a tener el privilegio de pasar a mi servicio por esa condición de agente soviética. Su colaboración es conveniente para mis planes, así que la alquilo, y ya seguirá trabajando para mí. Deberá despedirse de la MVD, sea como sea.

—Si hago tal cosa, en Moscú se van a molestar bastante conmigo, Mein Chef. Incluso es muy posible que viniesen a pedirme explicaciones… No veo por qué tengo que correr semejante riesgo. Y no hablemos de doscientos cincuenta mil marcos. Es una agradable cantidad de dinero, pero no suficiente para que yo prescinda de mi futuro prometedor en el servicio secreto soviético.

—¡Tonterías! —sonrió presuntuoso Job Erhard—. Estoy seguro de que usted comprenderá que esos sistemas de trabajo están desfasados actualmente; han sido ya superados. En definitiva, va a

trabajar usted para mí, que es lo mejor que podía ocurrirle.

—Me gustaría hablar más extensamente sobre eso, la verdad, Mein Chef.

—Hablaremos. Dentro de media hora, pasaré por delante del hotel, con mi coche. Deberá estar esperándome, después de pagar su cuenta y hacer todo lo que tenga pendiente. Además, quizá le sirva de orientación sobre su futuro y mis propósitos leer mi decálogo del espía… ¿O quizá lo conoce ya?

—Ni siquiera sé de qué me está hablando.

Job Erhard extrajo su billetera, y de ésta, una cartulina del tamaño de un naipe corriente, que tendió a Nadia Uchenko. Luego se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Media hora, ni un segundo más. No lo olvide.

—No lo olvidaré, Mein Chef.

—A partir de ahora es usted uno de mis robots. Espero que tampoco olvide esto.

—No lo olvidaré, Mein Chef.

Job Erhard salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta. Nadia Uchenko miró la cartulina y sus verdes ojos recorrieron las líneas escritas en alemán, especificando los diez mandamientos creados por Job Erhard sobre el espionaje. Tras esbozar una sonrisita, Nadia Uchenko se dispuso a recoger todas sus cosas, a fin de no hacer esperar a su jefe delante del hotel.

Y no le hizo esperar.

Cuando el «Mercedes» se detuvo junto al bordillo, Nadia ya estaba allí con su equipaje, que un botones colocó en el maletero, bajo la dirección de Job Erhard. Éste volvió a sentarse ante el volante, y miró a Nadia, que ocupaba el asiento contiguo.

—Espero que no haya olvidado ningún detalle que en el futuro pueda comprometernos.

—Yo nunca olvido ningún detalle, Mein Chef.

—¡Magnífico!

Job Erhard apartó el coche del bordillo y condujo lentamente, casi exquisitamente, alejándose del hotel Koppfman. Poco después, ya lejos de la Budapester Strasse, Erhard miró a la silenciosa Nadia Uchenko.

—¿Ha leído mi decálogo?

—Naturalmente, Mein Chef.

—Es perfecto, ¿no le parece?

Nadia alzó una ceja y bajó la otra, en un gesto un tanto ambiguo.

—Yo diría más —deslizó—: yo diría que es sencillamente adecuado a las actuales circunstancias internacionales. No se puede andar por ahí teniendo consideraciones de ninguna clase, con nadie.

—¡Eso quiere decir que le gusta! —exclamó Erhard, riendo felicísimo—. ¡Usted llegará lejos conmigo, camarada Nadia Uchenko!

—Muchas gracias. De momento, me gustaría saber adonde voy a llegar esta mañana. ¿Adónde vamos?

—A mi casa de la Jakob-Kaiser-Platz. Quiero que esté a mi disposición en todo momento.

—¿Para ir a la cama?

—Claro que no —gruñó Ehrard—. ¿Acaso es usted una ninfómana? ¡No sabe hablar de otra cosa!

—Voy a intentar cambiar de tema. ¿Qué significa, exactamente, este decálogo?

—Su significado está bien claro. Sólo se trata de que sea usted de los privilegiados que se beneficien de esas diez reglas. Con ellas, y naturalmente después de reclutar el personal competente que tengo en cartera, nuestro futuro será resplandeciente.

Nadia le miró de reojo, encendió un cigarrillo y durante unos segundos estuvo fumando en silencio.

—¿Qué futuro, exactamente?

—Un futuro amplio, grandioso… Para que se haga una idea de nuestras posibilidades, le diré que, como futuro inmediato, pronto vamos a tener en nuestro poder veinte toneladas de oro… ¿Qué le parece?

—Maravilloso. ¿Qué clase de oro?

—¿Cuántas clases de oro hay? —La miró irritado Erhard—. Que yo sepa, sólo hay una clase de oro, ¿verdad? El llamado *aurum* en latín, y que, precisamente, se expresa Au en su símbolo químico… Sencillamente: *oro*.

—¿Y de dónde vamos a sacar veinte toneladas de oro?

—¡Ji, ji! —rió Erhard—. ¡Ya lo verá! ¡Vaya si lo verá! Por increíble que le parezca ahora, tendrá que rendirse a la evidencia de la realidad, cuando mis planes sean cumplidos en todos sus puntos.

Espero que haya entendido que usted forma parte de esos planes para apoderarme de veinte toneladas de oro.

—Creo haberlo interpretado así. ¿Y cómo transportaremos semejante peso, Mein Chef?

—¡No se preocupe! —volvió a reír Erhard, agudamente—. ¡Todo está previsto, todo! ¡Ni siquiera tendremos que preocuparnos por el transporte, ya que nos lo van a facilitar grandemente! ¡Poco se pueden imaginar que mi genio creador está iniciando una nueva era en el espionaje y el poder mundial!

Nadia Uchenko volvió a mirar de reojo a Job Erhard. La agente soviética parecía a punto de bostezar, o poco menos, pese a lo temprano de la hora. Ni siquiera eran las diez y media de la mañana. El día era ligeramente neblinoso, casi desagradable. Cabía la posibilidad de que muy pronto se pusiera a llover.

—Veinte toneladas de oro —dijo Nadia—, deben valer por lo menos unos setenta y cinco millones de dólares.

—Justo lo que necesitamos para empezar… ¡Vamos a crearles un grave problema a algunas personas, pero tendrán que apechugar con él!

—Naturalmente —asintió Nadia Uchenko—. A fin de cuentas, a nosotros sólo nos interesan nuestros mandamientos. Y en este caso concreto, estamos obedeciendo el séptimo mandamiento, ¿no es así, Mein Chef?

—Exacto… ¡Ji, ji, ji! ¡Exacto!

—Aunque yo diría —sonrió Nadia— que también estamos poniendo en servicio… nuestro octavo mandamiento.

—Ji, ji… ¡Ji, ji, ji! ¡Estoy seguro de que vas a gustarles mucho a los demás, camarada Nadia!

—¿Los demás? ¿Quiénes son los demás?

—Los restantes del grupo.

—Pero… ¿quiénes son?

—Pronto les conocerás.

Capitulo IV

Efectivamente, Nadia Uchenko no tardó en conocer a los restantes miembros del grupo que estaba creando Job Erhard. Estaban todos en la hermosa casa de la Jakob-Kaiser-Platz, al parecer dándose muy buena vida, de momento.

Eran cinco hombres: Hans Frieberg, alemán; Emil Laudet, francés; Daniel Lahen, israelita; Manuel Díaz, español, y Pavel Ulianov, ruso. Aceptaron sonrientes la presentación que de Nadia Uchenko hizo Job, y fueron haciendo un *gest* gesto más o menos simpático a medida que fueron presentados a su vez.

Cumplida la formalidad, Job Erhard los dejó solos en el salón de la casa, no sin recordarles que estaban en pleno trabajo, y que no iba a consentir ninguna manifestación de índole personal, sobre todo en lo que hacía referencia al aspecto físico…

—Más claro todavía —dijo desde la puerta—: no quiero que ninguno de ustedes moleste a Nadia con peticiones sexuales. Y yo no acostumbro a repetir mis órdenes. ¿Está claro?

Como respuesta, obtuvo el silencio. Pero en cuanto hubo salido del salón, Nadia guiñó un ojo hacia sus compañeros de grupo.

—Es una lástima que nos hayan vetado el sexo, queridos. Todos vosotros sois guapísimos.

Hubo sonrisas de simpatía hacia Nadia Uchenko. Por supuesto que no todos eran guapísimos, pero sí jóvenes y fuertes. El más feo era el alemán, sin duda alguna, y parecía también el menos sociable. El más guapo era Emil Laudet, pero su expresión era más bien distante. El español casi resultaba feo, pero después de que Nadia hubo expuesto su opinión sobre ellos, se acercó y le dio una sonora palmada en una cadera.

—Ya tendremos tiempo de hablar de esto, cachonda.

—¿Qué?

Manuel Díaz quedó meditativo unos segundos. Había hablado en

español, y evidentemente buscaba ahora una traducción al alemán. Pero… ¿cómo traducir «cachonda»?

—Que estás muy apetecible, y que ya hablaremos de eso —dijo en alemán.

—Bueno —aceptó Nadia—, pero mientras tanto, te metes las manos donde más te guste.

Pavel Ulianov se acercó a Nadia, riendo, ofreciéndole un cigarrillo.

—No hagas demasiado caso del español. Además, me parece que todos meteríamos las manos en el mismo sitio.

—No seas grosero —gruñó Nadia.

—Hablemos de otra cosa —intervino el israelita Lahen—. A fin de cuentas, el tema sexual lo ha mencionado Job, y nosotros no tenemos por qué seguirlo. ¿De dónde has salido, Nadia?

—Admirable pregunta —le miró irónicamente Nadia—. Acabas de decir que dejemos el tema sexual y acto seguido me preguntas que de dónde he salido.

—¿Qué tiene que ver…?

—Bueno, yo no sé de dónde saliste tú, pero en cuanto a mí, tengo una información muy concreta al respecto.

El español soltó una risotada, y los demás miraron con pitorreo a Daniel Lahen, que comprendió por fin la respuesta, y encogió los hombros, sonriendo.

—No era ése el sentido de la pregunta.

—Pues no pienso dar otra respuesta. ¿Estamos todos, o todavía falta alguien más en el grupo?

—Esas cosas sólo las sabe el Gran Vanidoso.

—Supongo que el Gran Vanidoso es Job.

—¡Claro!

—Está trompeta perdido —dijo Manuel Díaz.

—¿Está… qué? —Le miró Nadia.

—Que está como una cabra, majareta, mochales… ¡Que está chiflado, vamos!

—Quizá no… —dijo Pavel—. Es posible que consiga convertirnos en la élite del espionaje mundial. Por el momento, su decálogo es de cuidado… ¿Te ha entregado un ejemplar, Nadia?

—Sí, desde luego. Me parece —sonrió— que no os estáis tomando muy en serio a Mein Chef. Además, si está chiflado, no se

puede decir que nosotros seamos muy listos poniéndonos a sus órdenes.

—Por doscientos cincuenta mil marcos —intervino de nuevo el español—, yo me pongo a las órdenes de Job y, además, contentísimo. Si está chiflado, peor para él. Yo ya tengo mi dinero ingresado en un Banco.

—Esa idea es mejor que la mía… —murmuró Nadia—. Yo lo dejé en la caja fuerte del hotel.

—Estáis hablando demasiado —dijo de pronto el silencioso y hermético Hans Frieberg—. Es evidente que si ese hombre nos ha contratado es para algo peligroso. Con seguridad, muy pocos de nosotros disfrutaremos de ese dinero.

—Es alegre, el muchacho —lo señaló el israelita Lahen—. ¿Por qué no te vas a que te pille, por detrás, un cochino árabe?

—Era mejor cuando los dos estabais callados —opinó Emil Laudet; miró a Nadia—. ¿Quieres café?

—No, gracias. Voy a buscar una habitación para instalarme. Decidme antes una cosa: ¿vosotros sois espías?

—Superespías… —corrigió, irónicamente, Manuel Díaz—. Cuando se trabaja para Mein Chef, todo es superior a lo mejor que puedas encontrar por ahí. Desde el momento en que entramos a su servicio, nos convertimos en la élite del espionaje mundial.

—Ya. Y otra pregunta, la última: ¿vosotros vivís conforme a los mandamientos del decálogo de Job?

—Así es —habló de nuevo Hans Frieberg—. Y tú harás bien en hacer lo mismo.

—Todo entendido —murmuró Nadia—. Luego nos veremos. Supongo que quedará libre alguna habitación, arriba.

—Hay varias.

Nadia Uchenko asintió, recogió del suelo su maletín forrado de raso negro, y su pequeña maleta y salió del salón. Cruzó el vestíbulo y emprendió la ascensión de la amplia escalinata. El rumor del tráfico berlinés llegaba, muy apagado, al interior de la casa.

Poco después, estaba instalada en una habitación. Puso todo en orden en el armario, comprobó los interruptores de la luz, los grifos del cuarto de baño, se aseguró de que la ventana podría abrirse… Afuera se veía un sol un tanto pálido, pero la primavera había llegado, sin duda alguna: al fondo, algo lejos, veía el verde tono de

Schlosspark…

Dedicó más de quince minutos a buscar micrófonos o cualquier sistema de escucha o visión en la habitación que había elegido, y llegó a la conclusión de que no había allí ninguna clase de artefacto semejante. Así pues, tras encerrarse en el cuarto de baño, por supuesto también revisado, hizo una llamada por la pequeña radio camuflada dentro de un paquete de cigarrillos.

—¿Sí? —Se oyó en el acto una voz de hombre.

—¡Hola, Simón!

Ahora se oyó un suspiro; y acto seguido la misma voz masculina:

—¿Todo va bien en esa casa? ¿Está usted bien?

—Por el momento, sí. Desde luego, estamos en la buena pista…, pero me temo que hemos topado con un chiflado, como bien ha definido Manuel Díaz.

—¿Quién?

—Manuel Díaz, un español. También hay en la casa un alemán llamado Hans Frieberg, un ruso llamado Pavel Ulianov, un francés llamado Emil Laudet, y un israelita, Daniel Lahen. Me gustaría que buscase esos nombres en nuestros archivos centrales de Europa, si es posible.

—Puedo pedirlos, desde luego. ¿Son de la profesión?

—Lo han admitido. Bueno, el hombre que vino al hotel a buscarme, como ya oiría usted por nuestro micrófono, se llama Job Erhard, y habló de veinte toneladas de oro. ¿Qué sabemos al respecto?

—Ni una palabra.

—¿Cree usted que puede haber veinte toneladas de oro dando vueltas por Alemania?

—Si es así, ojalá dejen pronto de dar vueltas y vengan a mis manos… —dijo festivamente Simón-Berlín—. Oiga, supongo que no será cierto que usted va a concederle favores sexuales a ese hombrecillo.

—No tengo la menor intención de hacerlo. De todos modos, en principio, seré razonablemente amable con Mein Chef.

—Quizá sea cierto que ese sujeto está un poco chiflado.

—Ya lo veremos. Pero chiflado o no, aquí hay un grupo de espías que están aceptando el decálogo de Job Erhard, y es evidente que algo están tramando. Que existan o no existan esas veinte

toneladas de oro, me tiene sin cuidado. Pero Roger Mackey está muerto, y eso no me tiene sin cuidado. Investiguen en torno a todo esto. Yo volveré a llamar esta noche. Si no llamo, no se impacienten y, sobre todo, no se les ocurra llamarme ustedes a mí.

—Está bien. Díganos durante cuánto tiempo no debemos alarmarnos aunque usted no se comunique con nosotros.

—Salvo que esta casa sea desalojada, y a mí no me vean salir de ella con algunos hombres, el tiempo de espera será como mínimo de treinta y seis horas.

—¡Es mucho tiempo! ¡Si le ocurriese…!

—Es todo, Simón.

—Bien… De acuerdo. Tenga cuidado.

—¡Adiós! —sonrió Nadia Uchenko.

Cortó el contacto, salió del cuarto de baño y escondió la pequeña radio, mientras pensaba que quizá se había excedido en el plazo concedido a Simón. Pero, realmente, si en ese tiempo, no salía de la casa sería porque continuaba con vida. Si la matasen, no iban a dejar su cadáver allí todo ese tiempo. Y por otra parte…

Volvió vivamente la cabeza hacia la puerta cuando sonó la llamada en ésta. Se acercó y musitó:

—¿Quién es?

—Soy Díaz. Abre un momento, por favor.

Nadia Uchenko frunció el ceño. Luego, componiendo una sonrisa aceptablemente amable, abrió la puerta.

—¡Hola! —sonrió el español—. ¿Puedo pasar?

—¿Qué quieres?

—¿Te gusta el cine?

—Pues sí… Bastante —se desconcertó Nadia—. ¿Por qué?

—Me gustaría invitarte a una sesión privada. Estoy seguro de que te gustará. ¡Oh, un momento!: ¿eres virgen?

—Tanto como tu madre —replicó Nadia—. Mira, haz el favor de no venir con tonterías y…

—Vamos al cuarto de baño —la tomó él de una mano.

Nadia optó por no complicar las cosas. Fue con Manuel Díaz al cuarto de baño. El español cerró la puerta y señaló uno de los bolsillos de su pantalón, que se veía bastante abultado.

—¿Qué dirías que es este bulto? —Casi rió.

—Me temo que una porquería —replicó ásperamente Nadia.

—No soy ningún fenómeno… —rió ahogadamente Díaz; sacó del bolsillo un objeto metálico—. En efecto, no es lo que tú pensabas que era. Eso acostumbro llevarlo en el otro lado del pantalón… ¿Te das cuenta?

—Sí, me doy cuenta. Pero ya no quiero saber más.

—¡Hay tiempo para todo! —Díaz colocó ante los ojos de Nadia el objeto metálico—. Aquí está la cosa que te tenía maravillada. Como te he dicho, voy a invitarte a una sesión de cine privada… ¡Lo que es la técnica, cachonda mía!

—No soy tu cachonda.

—Lo serás… Vamos, no seas arisca. La vida sólo se vive una vez. ¿Ves este aparatito? Pues es un pequeño proyector cinematográfico, con su película y todo. A pilas. Un pasmo, te lo juro. Apaga la luz. ¿No? Bueno, pues ya lo hago yo… Y no te pierdas detalle.

Manuel Díaz apagó la luz. En seguida hizo funcionar el pequeño proyector privado, la maravilla de la técnica… En la pared aparecieron las imágenes. Un hombre y una mujer, los dos completamente desnudos. El hombre estaba en pie, y la mujer arrodillada delante de él. Luego, ella se irguió y se besaron en la boca, mientras el hombre acariciaba el cuerpo femenino. Apareció un primer plano del rostro de la mujer: tenía cerrados los ojos, entreabiertos los labios, el rostro descompuesto en una mueca de lánguida voluptuosidad. Se pasó la lengua por los labios… De pronto, buscó con su ávida boca la del hombre, nuevamente. El hombre continuaba acariciándola y besándola… Ella le empujó, sin dejar de besarse, y ambos cayeron sobre la alfombra…

—Escucha, Díaz…

—¡Calla, mujer…! ¡Ahora viene lo mejor…!

—No me interesa lo que…

En la pequeña imagen rectangular de la pared, el hombre y la mujer continuaban su sesión de amor.

—¡Ya basta! —exclamó Nadia.

Se soltó de un tirón de la mano de Díaz, que había comenzado a deslizarse entre sus senos, retrocedió y encendió la luz. En la pared, la imagen amorosa perdió casi toda su visibilidad.

—¿Por qué no? —exclamó Díaz—. ¡Vamos, no seas tonta!

—Sal de aquí. ¡Y no me obligues a decirle a Mein Chef lo que has venido a hacer aquí! Sabes muy bien que nos ha prohibido las

relaciones sexuales entre nosotros.

Nadia abrió la puerta del cuarto de baño y salió de éste. Díaz lanzó un refunfuño y salió tras ella, apagando su pequeña cámara cinematográfica, aquel *delicioso* juguete. Su rostro estaba congestionado. Pero se aclaró considerablemente cuando Nadia abrió la puerta del dormitorio y señaló hacia fuera.

—¡Largo de aquí, puerco!

—Está bien… Lo dejaremos para otra ocasión. Pero ya has visto el programa que me gustaría hacer contigo, así que… ¡nos reuniremos cuando esto termine! De todos modos, eres tonta. Tenemos aquí una preciosa cama. En pocos minutos podemos sentirnos transportados al cielo tú y yo. Luego me voy, y… ¡aquí no ha pasado nada!

—Díaz: voy a olvidar completamente todo esto si has salido de mi dormitorio antes de cinco segundos. De lo contrario, saldré yo… para ir a contárselo todo a Mein Chef. Uno. Dos. Tres. Cuat…

—Avísame cuando precises un macho —salió gruñendo Díaz.

Nadia Uchenko, simplemente, cerró la puerta y fue a sentarse en una butaca. ¡El muy…!

* * *

—Buenas noches —dijo Nadia, poniéndose en pie.

—¿Ya te retiras? —se sorprendió Pavel.

—No veo por ningún lado qué diversión hay para mí contemplando a algunos hombres jugando al póquer —bostezó Nadia—, así que, buenas noches a todos.

—Podrías mirar la televisión —sugirió Hans Frieberg.

—Cuando tengas otra idea igualmente luminosa, avísame —desdeñó Nadia—: para aburrirme, prefiero hacerlo a mi manera. Pero como prefiero no aburrirme de ninguna manera, cogeré un buen libro y me acostaré.

—Buena idea —dijo Pavel Ulianov, tirando sus cartas sobre la mesa—. Yo voy a hacer lo mismo.

Se acercaron los dos a la librería que había en un lado del salón y escogieron sendos libros. Sentado en un sillón, estudiando unas cartas de vuelo que no había mostrado abiertamente a nadie, Job Erhard miraba a uno y otro ruso, en silencio. Los vio salir del salón

un par de minutos más tarde, y miró a los cuatro espías que seguían jugando. Luego, se dedicó de nuevo a la contemplación de las cartas de vuelo…

Arriba, en el primer piso, Pavel y Nadia estaban ante la puerta del dormitorio de ésta, que se disponía a abrir la puerta.

—Me parece —dijo Pavel— que nos hemos metido en un buen lío, Nadia.

—¿Por qué? —preguntó ella, también hablando en ruso—. ¿A qué te refieres?

—Hemos abandonado el servicio, y eso nos traerá complicaciones que no serán compensadas por doscientos cincuenta mil marcos.

—¿Has abandonado el servicio? —Abrió mucho los ojos la bellísima Nadia—. ¿Estás loco, Pavel?

—¿Acaso tú no…?

—¡Claro que no! En cuanto recibí la oferta comprendí que la cosa podía complicarse, o cuando menos alargarse bastante, así que pedí a mi jefe de zona quince días de vacaciones para… reponerme.

—¿Le dijiste que estabas enferma?

—Solamente decaída, fatigada… Él comprendió. Además —sonrió Nadia—, no está acostumbrado a negarme nada.

—Entiendo. Bueno, parece que tienes algún buen resorte. Quizá podrás ayudarme si se me complican las cosas. La verdad es que estoy pensando en largarme de aquí con el dinero y regresar a mi zona de trabajo habitual.

—No te lo aconsejo. ¿Recibiste la oferta por medio de un papel que te echaron por debajo de la puerta de tu alojamiento?

—Sí… Sí, claro.

—Entonces, Job te encontraría de nuevo. Es muy fácil asesinar a un espía, Pavel. Sobre todo, cuando uno se atiene a cierto decálogo de reciente introducción en el espionaje.

—Sí, claro… ¿Qué me aconsejas que haga?

—¿Yo? —se sorprendió Nadia—. Querido camarada, sólo voy a decirte que en estos momentos estoy pensando en los mandamientos dos y seis de nuestro decálogo. ¡Buenas noches, Pavel!

Nadia Uchenko entró en su dormitorio, encendió la luz y cerró la puerta. Pavel Ulianov todavía estaba allí, mirándola, pero ella lo

había borrado ya de su mundo, así que ni siquiera lo miró, al cerrar la puerta. Hecho esto, fue al armario, sacó el paquete de cigarrillos y entró en el cuarto de baño. Tiró de uno de los cigarrillos.

—¿Sí? —Sonó la voz de Simón.

—¡Hola, Simón! ¿Sabe algo ya?

—No. De las veinte toneladas de oro, por el momento, no se sabe nada. En cuanto a los nombres que usted me indicó, todavía no hemos podido saber que pertenezcan o hayan pertenecido a ningún servicio secreto. Claro que quizá todavía no hayamos profundizado lo bastante.

—Quizá. Sigan trabajando en eso. Hay otra cosa: Job Erhard lleva casi dos horas examinando unas cartas de navegación aérea. Quizá eso esté relacionado con el oro y su transporte.

—Pero ¿de verdad cree usted en eso del oro?

—No sé.

—¿De qué lugar, o al menos de qué continente eran esas cartas de navegación?

—No he podido verlo bien, pero me ha parecido que de Europa.

—Bueno, tendremos en cuenta eso. ¿Algo más?

—No. Seguiré llamando cada vez que sepa algo nuevo. No dejen de interesarse por esos nombres, y por el oro. ¡Adiós, Simón!

—¡Adiós!

Nadia Uchenko bajó el cigarrillo, cortando así la comunicación. Luego, se quedó mirándose al espejo, vacilante. Desde luego, con el cabello no había problema, ya que era teñido; con las lentillas, blandas y de color verde, tampoco había problema, ya que se las podía quitar y poner, en cuestión de segundos. Pero las pecas que había pintado con tanto cuidado y perfección en su piel, no eran tan fáciles de colocar de nuevo si las borraba para ir a dormir… De modo que todo lo que podía hacer para aligerar el disfraz era si quitarse las lentillas, cosa que hizo, y también las pequeñas almohadillas de espuma de nilón que llevaba dentro de la boca, y los delgados aros, también de nilón que, introducidos en las fosas nasales, las dilataban lo suficiente para que su nariz cambiase de forma…

Se quedó mirándose al espejo y, finalmente, se guiñó a sí misma uno de los grandiosos, bellísimos, increíbles ojos azules. Con gran cuidado, dejó las almohadillas, los aros de plástico y las lentillas de

contacto de color verde, sobre una repisa del cuarto de baño, y procedió a lavarse las manos y enjuagarse la boca. Eran más de las diez de la noche y el silencio resultaba denso, profundo…

Un silencio que favorecía la actividad de pensar. Como siempre, Nadia Uchenko estaba pensando cosas que le complicarían la vida: se estaba proponiendo a sí misma esperar a que todos estuviesen durmiendo para bajar al salón y buscar las cartas de navegación que Job Erhard estaba examinando, a fin de ver exactamente qué líneas de navegación aérea despertaban su interés, si era posible. La máxima dificultad estaba en que, cuando Erhard se retirase a dormir, subiese las cartas de navegación con él.

Nadia Uchenko salió del cuarto de baño, se desnudó, se puso una camisita de dormir y encendió un cigarrillo. El silencio era tal que incluso oía latir su corazón, rítmico, acompasado: cincuenta y seis pulsaciones por minuto, siempre igual.

«Cualquier día dejaré de fumar —pensó Nadia—; realmente, es una de las tonterías más grandes que realiza el ser humano».

Terminó el cigarrillo, sin embargo. Luego, se puso a leer.

Hasta que, cerca de las once, comenzó a oír pasos en el pasillo y ruido de puertas que se abren y se cierran. De nuevo el silencio. Pero sólo durante tres o cuatro minutos. Volvió a oír pasos. Era un solo hombre, esta vez.

La llamada a la puerta de su habitación la hizo sentarse vivamente en la cama.

—¿Quién es? —Alzó la voz, tensa.

—Soy yo.

¡Job Erhard! ¿Querría quizá…?

La puerta se abrió y Job Erhard entró en el dormitorio. Nadia Uchenko lanzó una exclamación, se volvió hacia la mesilla de noche y apagó la luz de la lamparita.

—¿Qué hace? —Gruñó Erhard, deteniéndose a dos pasos tan sólo de la puerta.

—Estoy casi desnuda —dijo Nadia— y no quiero que eso despierte malos pensamientos en usted. ¿Qué desea?

La luz del pasillo llegaba por detrás de Job Erhard, recortando su silueta. El hombrecillo se adelantó hacia la cama ocupada por Nadia. Ésta, de lado, entornaba los párpados y pedía al cielo que a Job Erhard no se le ocurriese encender la luz de la lamparita, pues

en ese caso, tendría que matarlo sin más dilación…

—¿Está sola? —preguntó Erhard.

—¡Vaya una pregunta estúpida! —refunfuñó Nadia—. ¡Claro que estoy sola! ¿Qué esperaba?

—Pavel Ulianov subió con usted.

—Váyase al demonio… ¡No hay nadie conmigo!

—Lo comprobaré. Cuando yo doy una orden, tiene que ser cumplida. Y ordené que no hubiese relaciones sexuales entre ustedes, por el momento. Es más, usted y yo, cuando esto termine…

—Oiga usted, Mein Chef, me disgusta su presencia en mi dormitorio en estos momentos. De modo que salga de aquí ahora mismo. Y si quiere convencerse de que Pavel Ulianov no está aquí, simplemente vaya a buscarlo a su dormitorio. Si él está allí es que no está aquí, ¿no le parece?

Job Erhard estuvo inmóvil unos segundos. De pronto, dio media vuelta y salió de la habitación de Nadia, dejando la puerta abierta. Nadia saltó de la cama, corrió al cuarto de baño y buscó a tientas la repisa donde había dejado las lentillas; se las puso a toda prisa…, oyendo de nuevo a Erhard entrando en la habitación.

—¿Dónde está, Nadia?

—En el baño. ¿Está convencido?

Los pasos de Erhard se acercaron al cuarto de baño. Nadia se colocó las almohadillas de espuma dentro de la boca, abultando así ligeramente sus mejillas. No tuvo tiempo de nada más. Erhard apareció en la puerta y se quedó mirándola.

—¿Qué le pasa? ¿Qué hace aquí?

«Si se fija en mi nariz, habrá firmado su sentencia de muerte…».

—¿Quiere que le explique exactamente a qué he venido aquí? —Recurrió Nadia a su más irritado tono de voz.

—Ulianov está en su habitación, durmiendo… —Los ojillos de Erhard brillaban, se desplazaban velozmente por toda la espléndida figura prácticamente desnuda que tenía ante él—. Mejor para todos.

—De acuerdo. ¿Algo más, Mein Chef?

Job Erhard movió negativamente la cabeza. Pero no se iba del cuarto de baño, seguía mirando a Nadia, devorándola con los ojos. De pronto, se acercó a ella, apartó las finas tiras que sujetaban la camisita a los hombros y la fina prenda se deslizó por el cuerpo de seda dorada hasta el suelo, quedando sobre los pies de Nadia… Job

Erhard adelantó sus manos y las colocó sobre los erguidos senos de Nadia Uchenko, que percibió el temblor de aquellas manos pálidas y frías.

—Sabía que no podría usted resistirlo —sonrió desdeñosamente Nadia—. Ahora va a suplicarme que vayamos a la cama, y lo primero que hará será llenarme de baba con sus besos.

Hubo otro violento temblor en las manos de Job Erhard. Sus ojos, fijos al principio en los de Nadia, descendieron, fueron visualizando todo el espléndido, magnífico cuerpo desnudo que palpitaba ante él, fresco y tibio a la vez, elástico y tierno, dulce y sólido, orgulloso de su belleza…

—Te gusta… —rió roncamente él—. ¡Estoy comprobando que te gusta! ¿Quieres que vayamos a la cama?

—Lo que usted mande, Mein Chef.

—¡Pues vamos a la cama!

De pronto, Nadia Uchenko se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —Casi tartamudeó Erhard.

—¿De quién voy a reírme? ¡De usted, Mein Chef! Fue quien dijo que esto quedaba para el final del trabajo, ¿no es así? ¡Y ha sido el primero en intentar caer sobre mi cuerpo!… Supongo que los demás se reirán mucho cuando sepan que el Gran Jefe no ha sabido controlar sus… apetitos.

—¡No dirás nada a nadie!

Nadia Uchenko volvió a reír.

—¿Qué le pasa? ¿No tiene fuerzas para… terminar lo que pretendía? —desafió.

—¡Cállate! Esto ha terminado…

—¿Ha terminado? Pues no me he dado cuenta de nada…

—¡Ha terminado la prueba! Sólo estaba… comprobando tu docilidad a mis deseos, y tu predisposición a recordar bien todas mis órdenes.

—¡Oh…! ¿De veras?

—Naturalmente… ¡Si hubieses aceptado encantada y agradecida a mis magníficos favores, te habría matado! Ha sido sólo una prueba… Y me alegro de que hayas salido con bien de ella. ¡Cuando yo doy una orden, hay que obedecerla con toda exactitud!

—Pues ya ha visto que la obedecía. ¿Y sabe, Mein Chef? ¡A mí no me gustan nada esta clase de pruebas! ¡No soy una muñeca

mecánica!

—Pues lo parecías. Me ha gustado tu autodominio, pues sé muy bien que soy genial en la cama. Recuérdalo para cuando lo hagamos de verdad.

—Lo recordaré.

Job Erhard se movió. Un instante más tarde, Nadia estaba sola en la cama. Se abrió y se cerró la puerta del dormitorio… Nadia quedó sola, inmóvil en la oscuridad. Se pasó una mano por la frente y la encontró húmeda. Húmeda de tensión y de asco… No habría podido soportar el momento final de Erhard, no habría podido. Afortunadamente, se le había ocurrido lo de la risa, que era lo que podía enfriar a cualquier hombre en aquellas circunstancias. Sólo eso, porque Nadia sabía que si ella no hubiese reído, burlándose de Erhard, éste habría continuado hasta el final… ¡Y no habría podido soportarlo!

«Pero debería haber sido capaz de ello —se dijo Nadia—. Cuando se trabaja en esta profesión, todos sabemos que hay que estar dispuestos a todo. Tengo que dominarme mejor, ser más dúctil… ¡No debí rechazarlo! Espero saber controlarme mejor… la próxima vez».

Eran las once y media de la noche.

Capítulo V

En el relojito luminoso que había dejado sobre la mesa de noche, eran las dos de la madrugada.

Nadia Uchenko salió de la cama, fue al armario, y del maletín sacó la pequeña linterna-bolígrafo. Era todo lo que necesitaba para la excursión que pensaba realizar. Se puso una bata sobre la camisita, calzó las zapatillas de visón y fue a la puerta. La abrió, y su finísimo oído se tendió hacia el pasillo, hacia todo su entorno, como un auténtico sonar.

Nada.

Silencio. Silencio absoluto.

Sin romper ese silencio, Nadia Uchenko descendió a la planta baja de la casa y fue al salón. A oscuras, se dirigió hacia el sillón que había ocupado Erhard y lanzó el delgado rayo de luz. Las cartas de navegación no estaban allí… La delgada raya de luz se desplazó hacia la librería, pasando por encima del sofá, iluminando un par de cuadros… Nadia se acercó a la librería. Se detuvo ante la doble puerta del compartimiento inferior derecho. Con sumo cuidado, tiró de la manilla… y la puerta cedió. El rayo de luz penetró allí… iluminando las cartas de navegación, enrolladas. Las sacó, cerró el compartimiento y fue a sentarse detrás del sofá.

Extendió las cartas de navegación, sujetándolas con las piernas extendidas, de modo que se mantenían planas. Efectivamente, aquella primera carta era de Europa. Estaba llena de líneas de vuelo, pero eso no le decía nada a Nadia. Pasó a la siguiente. Más o menos, era lo mismo. La tercera y última, tenía algo diferente, y sólo tardó unos segundos en darse cuenta: algunas de las líneas de vuelo eran de trazo más grueso, hechas con color rojo. Y todas esas líneas comenzaban en Moscú y terminaban en Madrid. O viceversa, naturalmente.

«Moscú-Madrid… Madrid-Moscú… ¿Qué puede significar todo

esto?».

La memoria poco menos que electrónica de Nadia Uchenko comenzó a funcionar. Sí… Al parecer, España y la Unión Soviética habían llegado a un acuerdo respecto a la regularización de líneas aéreas comerciales. Había leído la noticia hacia algunos días. Bueno…, ¿qué podía importarle eso a Job Erhard? Durante muchos años, Madrid y Moscú, cuando menos oficialmente, no habían querido saber nada unos de otros. Pero el tiempo pasa, las cosas cambian… ¿Qué podía importarle esto a Job Erhard?

Se fijó mejor en las líneas rojas de la carta de navegación. En efecto, todas unían Madrid con Moscú, pasando por Berlín. Eso era… Había las siguientes líneas en rojo: Moscú-Berlín-Roma-Madrid; Moscú-Berlín-París-Madrid; Moscú-Berlín-Zurich-Madrid; Moscú-BerLín-Londres-Madrid; Moscú-Berlín-Bruselas-Madrid; Moscú-Berlín-Milán-Madrid; Moscú-Berlín-Ajaccio-Madrid; y Moscú-Berlín-Palma de Mallorca-Madrid.

La pregunta era la misma. ¿Y qué? Suponiendo que España y la Unión Soviética hubiesen pensado establecer, en principio, esas líneas de vuelo, ¿cuál era su importancia?

«Madrid-Moscú… Moscú-Madrid… ¿Puede haber algo especial en este asunto?».

La memoria de Nadia Uchenko comenzó a retroceder en el tiempo, buscando en su fabuloso archivo mental. Era lo mismo que proyectar un filme al revés, es decir, comenzando por el final en busca del principio… Y así, Nadia llegó en pocos segundos al año 1972… En ese año, se habían iniciado contactos entre Rusia y España para un acuerdo comercial. Sí… En París. Ese contacto había sido dificultado, en todo momento, por el hecho de que la Unión Soviética, que al parecer tenía depositadas quinientas toneladas de oro español en Moscú desde la Guerra Civil española, no daba facilidades para entablar diálogos sobre esa cuestión… Nada menos que quinientas toneladas de oro. Si España recuperaba ese oro que decía pertenecerle, dispondría de una reserva de unos dos mil millones de dólares. De pronto, sin más complicaciones. ¡Dos mil millones de dólares! Lo problemático era que Rusia devolviera a España semejante fortuna, siempre y cuando fuese cierto que ese oro era de propiedad española…

La luz se hizo, de pronto, en la mente de Nadia Uchenko.

¡Veinte toneladas de oro! Job Erhard había hablado de veinte toneladas de oro… ¿De dónde saldrían y adonde irían esas veinte toneladas de oro? Moscú-Madrid…

—Fantástico… —susurró Nadia en la oscuridad—. ¡Absolutamente fantástico!

Recogió las cartas de navegación, las enrolló y fue a dejarlas en su sitio. Cerró el compartimiento… y entonces oyó un sonido lejano. No muy lejano. Apenas un roce en el suelo.

Como una sombra, Nadia regresó tras el sofá, tendiendo su particular sonar, atenta a todo. No era en absoluto difícil seguir aquellos sonidos, sin embargo. Eran pasos, ahora en el vestíbulo. Nadia se encogió, temiendo que de un momento a otro se encendiera la luz del salón. Pero no. Los pasos sonaron por delante del salón y fueron hacia el fondo de la casa. Hacia la cocina. Había estado en la cocina durante aquel día, varias veces. En la casa no había, servicio, así que cada cual comía y bebía lo que quería, pues había provisiones de toda clase en abundancia… ¿Alguien iba a la cocina a comer o beber algo?

Nadia Uchenko salió del salón, dispuesta a regresar a toda prisa a su dormitorio en cuanto dejó de oír los pasos, y estuvo segura de que el hombre que había bajado estaba en la cocina. Vio la luz, al fondo del ancho pasillo y debajo de la amplia escalinata… Seguramente, habría subido por ésta rápidamente si no hubiese tenido el oído tan fino. Las pisadas que había oído le habían parecido de Job Erhard. Ahora oyó, muy tenuemente, su voz. Sí, era su voz, sin duda alguna.

¿Quizá era de las personas que hablaban solas?

Como una sombra, Nadia Uchenko fue hacia la cocina. Y a medida que se acercaba, oía con más nitidez la voz de Job Erhard, pese a que éste conversaba poco más que en susurros. La puerta de la cocina estaba entornada, y Nadia la empujó con un dedito. De espaldas a ella, estaba Job Erhard, sentado en una silla de cocina ante un viejo mueble que a ella le había parecido inutilizado, por completo fuera de servicio. Y así era, en cuanto a servicio para la cocina, pero, dentro de ese mueble, ahora pudo ver Nadia la emisora que estaba utilizando Erhard, que tenía puestos los auriculares.

—Pero entonces…, ¿qué hacemos, Mein Chef? —preguntaba en

aquel momento Job Erhard.

Nadia parpadeó. Por la estrecha rendija, veía a Erhard, y le oía, llamando Mein Chef a alguien…

—¡Pero yo no estoy capacitado para eso! —exclamó, cada vez más excitado, Erhard—. ¡No podré hacerlo!

—…

—Pero…, Mein Chef, no se me ocurrirá nada… Es mejor que esperemos a que usted piense en algo. Volveré a llamar mañana, a esta misma hora, como siempre, cuando ellos duermen, y estoy seguro de que usted tendrá una solución.

—…

—Ya sé que queda muy poco tiempo, y que todos debemos colaborar… Yo estoy haciendo mi parte, tengo ya reclutado el personal adecuado y mañana mismo les habría ido dando instrucciones sobre el asunto, ¡pero era partiendo de la base de que usted lo tendría todo solucionado por el otro lado!

—…

—Está bien. Sí, quizá alguno de ellos pueda aportar una idea. Hablaré con todos por la mañana. Pero en mi opinión…

—…

—Mein Chef, sólo trato de decirle…

—…

—Está bien. Sí, sí, lo haré, Mein Chef. Yo creo que todo se ha perdido con ese hombre que ha sufrido ese ataque de peritonitis en Moscú, pero haré todo lo posible. Hasta mañana, Mein Chef. Sí… Sí, Mein Chef… Sí… Hasta mañana.

La comunicación terminó.

Job Erhard permaneció inmóvil unos segundos. Luego, se quitó los auriculares y se pasó la manga del pijama por la frente.

—Está loco… —jadeó—. ¡Ya no se puede hacer nada!

Comenzó a camuflar de nuevo la emisora en el mueble de cocina que parecía fuera de servicio. Nadia Uchenko ya no esperó más. Regresó a toda prisa y en silencio a su habitación. Ya dentro de ésta, poco más tarde, oyó a Erhard por el pasillo y, finalmente, la puerta de su cuarto al cerrarse.

—Que descanses, Mein Chef… —dijo, con tono irónico, Nadia Uchenko—. Porque si lo que vas a necesitar mañana son ideas, es posible que yo pueda proporcionarte algunas.

* * *

—¿Ideas? —Gruñó el alemán Hans Frieberg—. ¿Qué clase de ideas? ¿A qué se refiere?

Estaban todos reunidos en el salón. Habían desayunado cada uno a su gusto y a la hora que habían querido, pues cada uno se había levantado, también, cuando le había apetecido. Posiblemente, la más madrugadora había sido Nadia Uchenko, única mujer del grupo, y no parecía que tuviesen que esperar a nadie más.

Job Erhard, sentado en un sillón, insignificante como nunca, habló de modo que mostró su tendencia a imponerse siempre.

—Si no sabe usted lo que son ideas, se lo diré, Frieberg. Son…

—Sé muy bien lo que son ideas —cortó secamente el alemán—. Pero creíamos, o al menos lo creía yo, que las ideas las ponía usted.

—Y así es. Sin embargo, me gusta que mi grupo esté compuesto por personas con ideas, de tal modo, que en caso de dificultad sabrán cómo salir adelante. Por eso me gustaría escuchar las ideas de ustedes, saber si las tienen o no, y qué clase de ideas son. Está bien claro que no les necesito para nada, pero quiero tener la seguridad de que ustedes saben pensar.

—Yo creo que la actitud de Mein Chef es inteligente —dijo Nadia Uchenko—. Pero, claro, supongo que nos pondrá un ejemplo de determinadas situaciones, a fin de que podamos pensar en cómo resolverlas.

—Naturalmente que tengo pensado un ejemplo —alzó la barbilla Job Erhard—. De modo que quiero que todos estén pendientes de mis palabras. Cuando haya terminado de explicar en qué consiste el trabajo a realizar, y las dificultades que han surgido sobre los planes iniciales, cada uno de ustedes se retirará a su habitación, hasta la hora del almuerzo. A esa hora, cada uno habrá escrito una idea, una solución a la dificultad surgida a última hora. Espero de sus inteligencias que me hayan entendido.

—No hay nadie tonto aquí —sonrió Manuel Díaz.

—Eso me permito dudarlo —dijo fríamente Erhard—. Pero, en fin, ya lo veremos cuando ustedes me presenten sus soluciones al hipotético problema surgido sobre un plan que en principio era considerado como perfecto. Veamos… Un avión sale de Moscú con destino a Mad…

—¿Moscú? —Palideció Pavel Ulianov—. ¿Vamos a hacer algo que perjudique a Rusia?

—Camarada Ulianov —sonrió Nadia Uchenko—, ¿no recuerdas que esto es un ejemplo, nada más? Vamos, vamos, no seamos impacientes ni intransigentes. Escuchemos a Mein Chef, eso es todo.

Job Erhard desarrugó el ceño.

—Como decía, un avión sale de Moscú con destino a Madrid. La primera escala de ese avión es Berlín. Aquí, en Berlín, nosotros debíamos apoderamos de ese avión. Para ello contábamos con la ayuda de uno de los tripulantes, que, poco antes de que el avión tomase tierra en Tempelhof, provocaría una avería. Nada peligroso, pero sí entorpecedor. Se trataba de que el tiempo de estancia del avión en el aeropuerto fuese lo bastante prolongado como para que todos los tripulantes tuviesen deseo de salir del aparato, de alejarse; de tomarse, incluso, unas horas de diversión. Claro está, el avión, que va a ser supervisado en todas sus escalas, nunca estaría solo; en cada aeropuerto ha sido dispuesta una vigilancia especial, de tal modo que aunque los tripulantes abandonen el aparato, éste quede siempre estrechamente custodiado…

—Usted está hablando, ahora, de hombres de tierra —musitó Emil Laudet—; es decir, probablemente agentes de la MVD o de algún servicio especial ruso que, con anterioridad a la salida de ese avión desde Moscú, han sido destinados en varios aeropuertos.

—Exactamente. Así las cosas, se comprende que no habría de ser fácil asaltar el avión en ningún aeropuerto. Tampoco es factible atacarlo en el aire, ya que, aparte de que probablemente dispone de defensas, comunicaría inmediatamente por radio el ataque de que era objeto, pero, sobre todo, lo máximo que podríamos conseguir, claro está, sería derribarlo, y eso es lo último que nos convendría a nosotros. Así pues, toda posibilidad de acceso a ese avión estaba limitada a su escala en Berlín. Escala prolongada, a fin de que sus tripulantes, incluido nuestro… colaborador, pudiesen abandonar el aparato unos horas. Lo harían sin problema ni preocupación alguna, ya que saben que en cada aeropuerto hay un buen grupo de hombres que permanecerán, en todo momento, custodiando el aparato. Ahora, al no poder ser provocada esa avería…

—¿Por qué no? —preguntó Nadia.

—Nuestro colaborador ha sufrido un ataque de peritonitis. En

estos momentos debe estar reponiéndose, en cualquier hospital de Moscú. Lo que significa, obviamente, que será reemplazado por un hombre al cual no podemos sobornar. Entonces, al no poder provocar esa avería cuya reparación llevaría horas de trabajo, tenemos que encontrar otro medio para abordar el avión.

—¿Otro medio? —Gruñó el israelita Lahen—. ¿De qué modo habríamos entrado en el avión, si éste hubiese tenido que permanecer varias horas en Tempelhof?

—Al permanecer varias horas en tierra el avión, los tripulantes habrían desembarcado. Sabemos que dos de ellos tienen parientes destinados en Berlín-Este. Concretamente, son el operador y uno de los auxiliares de vuelo, una mujer llamada Marya Uris. Es muy posible que cuando ellos fuesen a Berlín-Este les acompañasen algunos de sus camaradas de vuelo. La idea era narcotizar, entonces, a Marya Uris, al operador de radio, llamado Piotr Ponsky, y a quienes les acompañasen; todos serían puestos en lugar seguro, y nosotros seríamos quienes, ocupando sus puestos, abordaríamos el avión. Es decir, lo harían Nadia, Pavel y otros de ustedes, en número igual al de los camaradas de ellos que hubiesen ido a Berlín-Este. Una vez en el avión, los que usurpasen a los verdaderos tripulantes deberían reducir a los demás y, luego, admitirnos a todos a bordo. Ya en nuestro poder el avión, sólo tendríamos que despegar.

—Por eso me contrató a mí —murmuró Daniel Lahen—: porque sabe que soy un piloto experto en muchos aparatos… ¿Cuál es el que tendría que tripular?

—Un «Tupolev».

—¡Fíiuuuu! —Silbó Manuel Díaz.

—El total de personal para el «Tupolev» es de siete personas —dijo Erhard—: es decir, tantos como somos nosotros.

—Evidentemente, usted lo ha previsto todo —dijo Hans Frieberg—. Cuenta conmigo para atender la radio, ¿no es así?

—Por supuesto. Cada uno de ustedes tiene conocimientos suficientes para atender su cometido dentro del «Tupolev», desde despegar y aterrizar —señaló a Daniel Lahen—, hasta preparar una exquisita comida si fuese necesario… —señaló a Nadia, sonriendo—. Aparte de otras cualidades que me interesan especialmente a mí para todos mis colaboradores, claro está. Cada uno de ustedes es

espía, y si han comprendido lo justo y conveniente de mi decálogo, no dudo que estarán dispuestos a secundarme en todo momento.

—Si no he entendido mal —alzó Emil Laudet la mano—, todo el problema consiste en que un ruso llamado Piotr Ponsky, que tenía que colaborar con nosotros provocando una avería en el «Tupolev», ha sufrido una peritonitis.

—Así es. Por lo tanto, ya no podemos esperar que los demás tripulantes se decidan a desembarcar en Berlín y darse un paseo hasta Berlín-Este, que sería cuando nosotros aprovecharíamos el momento para suplantarlos y regresar al avión, en su lugar. Todo eso sería en plena noche, la vigilancia especial, como es lógico, estaría a discreta distancia del «Tupolev», de modo que nos verían de lejos al acercarnos a éste… y como vestiríamos las ropas de los verdaderos tripulantes, cuando fuesen a darse cuenta el avión ya sería nuestro.

—Pero acabarían por darse cuenta. Y no tardando mucho.

Ya no importaría —sonrió Erhard—, porque cuando hubiésemos despegado, no podrían alcanzarnos.

—Quizá avisasen a otros aeropuertos, por si nos veían —dijo Frieberg.

—No seríamos vistos desde ningún aeropuerto, por la sencilla razón de que no iríamos por ninguna ruta de las establecidas, sino hacia otro lugar… donde nos estarían esperando.

—¿A un lugar donde podría aterrizar un «Tupolev»? —Se mostró incrédulo Lahen.

—Sí. Sin la menor duda.

—¿Qué hay en ese aparato, que interesa tanto? —inquirió Manuel Díaz.

—Veinte toneladas de oro en lingotes. Setenta y cinco millones de dólares. Espero que todos recuerden que les hablé de esa cantidad.

Hubo unos segundos de silencio, mientras los espías adictos al decálogo de Job Erhard se miraban unos a otros.

—Yo creo que estamos locos —movió la cabeza Díaz—. ¿Cómo creen posible apoderarnos de un envío semejante?

—Podríamos esperar que el «Tupolev» haga su escala normal en Berlín, de acuerdo a los controles de custodia de toda la travesía, y atacar, entonces, a los tripulantes, en un golpe de mano directo, sin

subterfugios. Apuesto a que conseguiríamos nuestro objetivo.

Todos miraban a Frieberg, que había hecho la sugerencia.

—¿Esa es su sugerencia, Frieberg? —preguntó Job Erhard.

—Bueno… Creo que será mejor que pensemos todos, desde luego. Incluido yo, por supuesto. Seguramente se me ocurrirá una idea mejor.

—Así lo espero. Lo espero de todos, francamente.

—Ese oro…, ¿por qué lo envía Rusia a España? —preguntó Manuel Díaz.

—Parece ser que es parte de una gran cantidad que fue depositada en Rusia hace cuarenta años, más o menos. Actualmente, Rusia y España están firmando algunos acuerdos, incluido el de unas líneas de navegación aérea que unirían regularmente Madrid y Moscú. El primer vuelo oficial, de inauguración, sería el realizado por el «Tupolev». La hora prevista de llegada al aeropuerto de Barajas es las once de la mañana. Estarían esperando al «Tupolev» personal diplomático de la misión comercial soviética y representantes de gobierno español. La llegada del «Tupolev» sería como poner la primera piedra de un edificio.

—A mí me parece un intento absurdo —reflexionó Laudet—. Aun suponiendo que consiguiésemos ese oro., ¿cómo podríamos manejarlo?

—Por el momento, de ninguna manera —explicó Job Erhard—. Está previsto que esas veinte toneladas de oro serían… digamos depositadas en determinado lugar a la espera de algunos acontecimientos.

—Uno de esos acontecimientos —deslizó Nadia podría ser el de que Rusia se molestase con España y España con Rusia. Yo entiendo que esas veinte toneladas de oro son en concepto inicial de una demostración de buena voluntad soviética hacia Madrid. Si ese «Tupolev» no llega a la capital de España, los españoles dirían a los rusos que eran unos embusteros, y los rusos podrían acusar a los españoles de haber planeado y conseguido el secuestro del «Tupolev» con las veinte toneladas de oro. Sería muy desagradable.

—A lo mejor —sonrió, de oreja a oreja, Manuel Díaz—, usted se cree que España iba a declarar la guerra a Rusia, nada menos.

—O Rusia a España —rió agudamente Job Erhard—. No olviden que ése es uno de los objetivos de nuestra organización. Está bien

claramente explicado en el décimo mandamiento del decálogo: fomentar las guerras.

—¿Con beneficio para quién, en esta ocasión? —preguntó Nadia —. ¿Con qué objeto?

—El puro y simple objeto de iniciar la era de poder mundial —dijo secamente Erhard—. Espero que lo entiendan: con esos setenta y cinco millones de dólares en oro estaríamos en condiciones de comenzar y fomentar interesantes guerras. Quizá no, por el momento, entre Rusia y España, pero sí podríamos comenzar en África. Los habitantes del Tercer Mundo son muy propicios a esta clase de planes.

—Entonces, es cierto —alzó las cejas Ulianov—: usted está tramando potenciar guerras.

De nuevo los espías cambiaron miradas. Nadia Uchenko deslizó:

—¿Qué clase de organización es la nuestra, ahora? ¿A quién estamos obedeciendo?

—¿Cómo que a quién estamos obedeciendo? —saltó Erhard, como si le hubiese picado una víbora—. ¡Aquí no se obedece a nadie más que a mí, yo soy quien da las órdenes, quien lo piensa, quien lo dirige todo, quien lo decide todo!

Nadia Uchenko bajó los párpados. Sabía que era mentira. Lo sabía desde la noche anterior, cuando había escuchado a Erhard hablando por radio con la persona a la que él llamaba Mein Chef con tono rastrero. Es decir, que él se las daba de Mein Chef con ellos, pero en realidad existía alguien por encima de él, alguien que hacía humillarse a Job Erhard… Alguien que tenía que ser la persona que lo había pensado, tramado, ideado todo…, comenzando por el decálogo del espía. Oro y guerras. Espionaje y muerte, y traición, y odios y mentiras… De momento, España y Rusia verían dificultadas sus relaciones. Luego, ¿quién sabe qué desdichado país africano pagaría las consecuencias de los planes del verdadero Mein Chef?

—En ese caso —dijo, tras unos segundos que parecieron dedicados a la reflexión—, todos deberemos esforzarnos al máximo en encontrar una solución para conseguir ese oro.

—Yo insisto en que lo difícil sería manejar veinte toneladas de lingotes de oro —dijo el francés Emil Laudet.

—Y yo le digo que eso está previsto. Las llevaríamos en el

mismo «Tupolev» a cierto lugar, donde nos están esperando.

—Acláreme una cosa, por favor —alzó un dedo Manuel Díaz—: todo esto, ¿es verdad o es un ejemplo?

—Digamos —sonrió Erhard— que es un ejemplo en el que deben pensar como si todo fuese verdad. Hay que encontrar una solución que sustituya las facilidades que teníamos con el colaborador que ha sido intervenido de peritonitis. Bien, cada cual puede retirarse a su habitación. Nos reuniremos a la hora del almuerzo, ustedes me entregarán sus ideas, escritas, y luego pueden retirarse a descansar. Hacia las cinco de la tarde, las habré leído todas, las habré valorado y cambiaremos comentarios sobre ellas. ¿Alguna pregunta?

—Sólo una —alzó una mano Nadia—: ¿considerará usted los planes en los que tengan que morir algunas personas?

—Camarada Nadia Uchenko —dijo fríamente Job Erhard—: no quiero tener que repetirle a usted, ni a nadie, que si he escrito ese decálogo ha sido, precisamente, para que ninguno de mis colaboradores tenga que hacerme, nunca, preguntas estúpidas. Relea su decálogo y verá que no tiene que hacerme ninguna consulta para saber hasta dónde puede usted llegar.

—Sí, entiendo Gracias.

—¿Algo más?

Nadie tenía nada más que decir.

La conferencia matinal había terminado.

* * *

A las cinco y cinco de la tarde, nueva reunión en el salón.

Job Erhard estaba sentado en un sillón, y tenía en las manos unas cuantas cuartillas escritas a mano. Los demás, frente a él, unos sentados y otros de pie, le contemplaban expectantes.

—Caballeros —dijo de pronto Mein Chef—, debería darles vergüenza a todos ustedes: el mejor plan de acción ha sido presentado por Nadia Uchenko.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Simplemente, los hombres miraron a la mujer, que parecía un tanto sorprendida.

—¿Mi plan le parece el mejor, Mein Chef? —exclamó por fin.

—Sin la menor duda —asintió Job Erhard, muy complacido.

—¿Y en qué consiste, exactamente, el plan de Nadia? —se

interesó Hans Frieberg.

—Se lo voy a leer a ustedes…

Job Erhard carraspeó, y luego, sonriendo sardónicamente, dio comienzo a la lectura del plan escrito por Nadia Uchenko. Cuando terminó, fue mirando de uno en uno a los hombres, que habían permanecido en completo silencio.

—En mi opinión —dijo—, es el mejor de los planes presentados, y si ustedes opinan lo mismo, será puesto en práctica de acuerdo a los horarios ya especificados por Nadia. Caballeros, todo aquel que esté de acuerdo con el plan de Nadia Uchenko que levante el brazo derecho, por favor.

Los cinco espías alzaron el brazo derecho.

Capítulo VI

Alexei Novof había sido enviado al aeropuerto de Tempelhof hacía solamente dos días, y ya estaba más que harto de permanecer allí, dando paseos arriba y abajo, a la espera de instrucciones concretas que le llegarían por medio de la pequeña radio de bolsillo que le había sido entregada. Por el momento, sólo sabía que tenía que permanecer en Tempelhof, atento a todo lo que ocurriese.

Y lo que ocurría era, sencillamente, nada.

Excepto que Alexei, de cuando en cuando, iba a tomarse un café a uno de los bares del aeropuerto. A fin de cuentas, en el bar también podía ocurrir algo, fuese lo que fuese… Podía ocurrir, incluso, que el buen Alexei hiciese una conquista.

No una conquista cualquiera, de ninguna manera. Bastaba echarle un vistazo a la rubia para comprender que de «cualquiera» no tenía nada. Alta, esbelta, magnífica en proporciones, bellísima, con unos enormes ojos verdes, elegantes… Ella estaba sentada en uno de los taburetes del bar, tomando café. Cuando vio al atractivo Alexei pareció quedar atónita; luego, parpadeó, y desvió la mirada. El buen Alexei se tocó el nudo de la corbata.

—Café —pidió al camarero.

Encendió un cigarrillo, mientras miraba de reojo a la rubia. Ella parecía haberlo olvidado, y miraba ahora su relojito de pulsera, con evidente impaciencia. No hacía falta ser un espía listo para comprender que estaba esperando a alguien. Alexei tomó su café, siempre mirando de reojo a la rubia, cuya impaciencia iba en aumento. ¿Inglesa? No, no, no… A Alexei no le pareció inglesa, desde luego. Alemana… Sí, debía ser alemana. Seguro que era alemana.

La vio abrir su bolsito y sacar un paquete de cigarrillos. Mala suerte: el paquete estaba vacío. Ella lo arrugó, lo dejó sobre el mostrador, y miró al camarero, que en aquel momento estaba algo

alejado. La hermosísima rubia frunció el ceño.

Alexei adelantó su brazo, con el paquete de cigarrillos en la mano.

—¿Aceptaría de los míos? —ofreció.

Ella le miró, y sonrió.

—Sí, muchas gracias.

Tomó uno. Alexei se acercó más, y le ofreció la llamita de su encendedor.

—Gracias —repitió ella.

—Si continúa tomando café se pondrá aún más nerviosa —dijo Alexei.

La rubia le miró vivamente, y frunció el ceño. De pronto, volvió a sonreír.

—Tiene razón, estoy nerviosa. ¿Se nota mucho?

—Bastante —sonrió el agente de la MVD—. Cualquiera ha de comprender que está esperando a alguien que se retrasa. ¿Su marido, quizá?

—¡Quizá! —Casi rió la rubia.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—Pues entiendo, por su tono, que no está esperando a su marido. De todos modos, sí está esperando a un hombre, ¿verdad?

—Quizá.

Alexei se rascó la coronilla.

—Me pregunto qué quiere decir una mujer, cuando dice «quizá».

—Quiere decir que todo, es posible, supongo.

—¡Ah! ¿Me acepta un coñac?

—No, gracias.

Alexei miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las cinco y cuarto de la tarde. De la última tarde que tendría que pasar en el aeropuerto. Al parecer, aquella noche terminaría su turno de vigilancia de no sabía qué. Hacia las diez, recibiría instrucciones por la radio de bolsillo, y, salvo que hubiese entendido mal, alrededor de las dos de la madrugada estaría libre de todo servicio, así que podría pasar un par de días en Berlín, tranquilamente. Salvo circunstancias especiales, naturalmente.

—Es una buena hora para tomar un buen coñac —insistió.

—Lo sé. Pero también es buena hora para marcharme. No estoy

dispuesta a perder más tiempo en este lugar.

La rubia dejó un billete sobre el mostrador, y bajó del taburete. En el suelo, junto a ella, había una maleta. Ella se inclinó, la agarró, y dio un paso. Alexei se colocó delante, sonriendo simpáticamente.

—¿Me permite ayudarla? Como ve, no siempre se pierde el tiempo… ¡Y no me diga «quizá»!

Ella le miró como estudiándole, antes de murmurar:

—Corríjame si me equivoco: ahora, usted dirá que tiene su coche ahí fuera, y que con mucho gusto me llevará adonde quiera, ya que no tiene prisa, etcétera, etcétera… ¿Me equivoco?

—Sí —rió Alexei—. Sintiéndolo mucho, no puedo acompañarla en mi coche ahora, porque tengo algo que hacer en el aeropuerto. Pero puedo ayudarla a llevar la maleta, conseguirle un taxi, y mañana, que habré terminado mi trabajo, llamarla a la dirección que usted le dé al taxista. ¿Le parece bien?

—Su técnica es nueva —rió también la rubia—. Le agradezco su ayuda, desde luego. En efecto, tomaré un taxi.

Alexei Novof asintió. Señaló hacia la salida, y ambos fueron hacia allí. Apenas aparecieron en el exterior, un coche se acercó y se detuvo delante de ellos. Novof no le hizo caso, pues estaba buscando un taxi con la mirada…

—A decir verdad —dijo la rubia—, no esperaba que un agente de la MVD fuese tan fácil de manejar, pero, querido colega, con su simpática y desenvuelta actitud se ha evitado usted males mayores, ya que de todos modos estaba decidido a secuestrarlo.

Alexei Novof se había quedado mirando fijamente a la rubia, tras respingar. Luego, miró al interior del coche que tenía delante. Había tres hombres dentro: uno al volante, otro a su lado, y otro en el asiento de atrás; estos dos últimos, muy cerca de la portezuela, la habían abierto. Tenían la mano derecha en el bolsillo de este lado de la chaqueta.

El hombre de la MVD se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar a la rubia.

—Sea sensato —pidió ella—: sólo se trata de dar un corto paseo y de conversar. Al querer hacer usted una conquista para mañana, se ha ahorrado malos ratos. ¿Por qué provocarlos ahora?

La mirada de Novof fue más allá de la rubia, más allá del coche… Pero era absurdo que esperase ayuda por la sencilla razón

de que solamente conocía en aquellos momentos a un solo hombre, en todo el aeropuerto: su jefe directo, Ivan Ruska, del que esperaba instrucciones… a las diez de la noche.

Bajó la cabeza y se metió en el coche. El hombre que había en el asiento de atrás se había desplazado, cediéndole el sitio. La rubia entró tras él, así que Novof quedó entre ella y el otro sujeto que había sacado la pistola. La rubia le quitó la suya a Alexei. El chófer del coche se apeó, abrió el maletero, puso dentro la maleta de la rubia y volvió ante el volante. El hombre que tenía a su derecha estaba vuelto hacia el asiento de atrás, y miraba con socarrona expresión a Alexei.

—Pues es verdad —dijo—: es ruso. ¿Cómo ha podido usted adivinarlo?

—Eres bobo, Díaz —farfulló el otro hombre—: ¿acaso tú no serías capaz de distinguir a un español?

—Hombre… Bueno, seguramente, sí. ¡Sí, claro!

El coche estaba en marcha. Abandonaron el aeropuerto. Alexei Novof permanecía en silencio, profundamente preocupado. ¡Qué ciudad tan hermosa era Berlín!… Había llegado convencido de que después del trabajo que le asignasen podría pasar dos estupendísimos días allí, y al ver a la rubia le pareció que todo estaba a su favor para conseguirlo. Y ahora…

—Hay un grupo de hombres en Tempelhof que están esperando la llegada del «Tupolev» —dijo de pronto la rubia—. Usted es uno de ellos. ¿Puede señalarme a los otros?

Alexei la contemplaba estupefacto, vuelta la cabeza hacia ella, a su derecha.

—Ni siquiera sé de qué me está hablando —musitó.

—¿No es usted ruso y está en Tempelhof para proteger el paso del «Tupolev» cuyo destino es Madrid?

El soviético quedó auténticamente estupefacto. Movió la cabeza.

—No sé de qué habla —insistió—. Yo fui destinado al aeropuerto para permanecer de vigilancia, y no sé nada más, ni conozco a nadie.

La rubia le miraba con suma atención. De pronto, comenzó a registrarle. Encontró la billetera, unas llaves, la pequeña radio, un encendedor, cigarrillos… Puso la radio ante los ojos de Alexei.

—Todos sabemos lo que es esto. ¿Con quién le comunica?

—Sólo sé que recibiré instrucciones por ella. Nada más.

—¿Instrucciones de quién? ¿Cuándo? ¿Sobre qué?

Alexei apretó los labios. Díaz emitió una risita divertida en verdad. A su lado, conduciendo, Hans Frieberg frunció el ceño. En el asiento de atrás, Emil Laudet y la rubia le contemplaban con expresión poco amistosa.

La rubia abrió la billetera y dedicó apenas un minuto a examinar su contenido.

—Bueno, Alexei —dijo de pronto, en ruso—, yo creo que no deberías complicar las cosas. Si no me dices quién es tu jefe, y cómo encontrarle rápidamente, lo vas a pasar muy mal. Puedo…

—Oye —refunfuñó Díaz—, haz el favor de hablar en alemán. ¡No nos estamos enterando de nada!

—Está bien —volvió ella al alemán—. Le estaba diciendo al camarada Alexei Novof que si no me dice quién es su jefe y cómo localizarle inmediatamente, le vamos a cortar las manos y las orejas, y le arrancaremos los ojos.

Novof palideció, pero no dijo nada.

—De acuerdo —asintió la rubia—. Sólo voy a decirte que pretendemos hacer un trato con tu jefe, no asesinarle, ni nada parecido… Es decir, haremos un trato si es posible. Si no podemos localizarlo, tendremos que recurrir a otro plan, que será mucho peor para todos. Empezando por ti. ¿No crees que seamos capaces de cortarte las manos y arrancarte los ojos?

Manuel Díaz volvió a reír, y Novof se estremeció cuando miró sus ojos oscuros y fríos. Junto a él, la rubia le miraba con una frialdad superior a la del español. Alexei se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—Si lo que queréis es una entrevista con mi jefe, permitidme que le llame por radio y…

—No —negó la rubia—. Quiero aparecer ante él sin que me espere. Quiero que me digas dónde encontrarle, cómo es, y cuál es su nombre. Todo lo que no sea eso, no me interesa.

Alexei volvió a humedecerse los labios.

—Se llama Ivan Ruska, es alto, rubio, de ojos claros, tiene unos cuarenta años. Lleva el cabello largo, y lo tiene muy rizado. Suele aparecer tres veces al día en Tempelhof, supongo que para asegurarse de que su dispositivo está funcionando como él tiene

previsto.

—¿A qué horas visita el aeropuerto?

—A las diez de la mañana, a las ocho de la noche y a las doce de la noche, aproximadamente.

La rubia miró su relojito de pulsera. Luego, tocó en un hombro al conductor, que detuvo el coche sólo el tiempo suficiente para que ella se apeara. Continuó su camino, y la rubia esperó a que el coche que les seguía se detuviera ante ella. Pasó al asiento de atrás, quedando sentada junto a Job Erhard. En el asiento delantero iban Pavel Ulianov, al volante, y Daniel Lahen, a su derecha.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Erhard.

—Sí. Regresemos al aeropuerto. Pero sin prisas: el ruso encargado de la coordinación del servicio de custodia en Tempelhof no aparecerá hasta las ocho, más o menos.

—¿Cree que tendremos tiempo? —exclamó Erhard, palideciendo —. ¡El «Tupolev» llegará a las doce de la noche a Berlín!

—Tranquilícese, Mein Chef. Todo saldrá bien. Y si sale mal, pues mala suerte.

—¡No podemos dejar escapar veinte toneladas de oro!

—Si va a estar así de nervioso —le miró Nadia, quitándose de pronto la peluca rubia y dejando al descubierto los rojos cabellos—, lo mejor será que no permanezca cerca de donde se establezca la conversación entre Ivan Ruska y yo. Supongo que él no es ningún tonto, y acabaría por notar algo.

—¡Ivan Ruska! —exclamó Ulianov.

—¿Le conoces?

—¡Que si le conozco!… Camarada Nadia Uchenko: si tú consigues manejar a Ivan Ruska, te habrás ganado mi admiración para toda la vida…

* * *

Ivan Ruska llegó a Tempelhof a las ocho menos dos o tres minutos, en taxi. Pagó este servicio y fue hacia la entrada al edificio central, mirando descuidadamente hacia su derecha. Perfecto: allá estaba, cumpliendo por el momento su simple obligación de permanencia, el camarada Leon Zuniakov. Pasó relativamente cerca de él, pero ni siquiera se miraron.

Dentro del edificio, Ruska vio en seguida a otros dos de sus hombres. Todo iba bien. Ellos no se conocían entre sí todavía, de modo que no había peligro de percances importantes. Podía ocurrirle algo a uno solo, pero no a todos. Hasta las diez de la noche, Ruska no pensaba llamar por su radio para reunirles a todos cerca de la pista donde tomaría tierra el «Tupolev». Mientras tanto, lo mejor era que se fuesen ignorando unos a otros y que ignorasen, asimismo, lo que estaban haciendo allí…

También vio a la pelirroja que estaba sentada en uno de los butacones de espera y que le hizo una seña disimulada. Ivan Ruska miró a derecha e izquierda, y siguió caminando. La preciosa muchacha pelirroja hizo la misma seña. Iván alzó las cejas y se tocó el pecho con un dedo. La pelirroja asintió enérgicamente, y luego simuló no conocer la existencia de Ruska.

Para Ivan Ruska aquello era, simplemente, una señal de alarma. Tenía la suficiente experiencia para saber que cuando en espionaje sucedía algo inesperado era porque intervenían en el juego fuerzas ajenas a las esperadas, a las utilizadas inicialmente. Se tomó el tiempo de encender un cigarrillo antes de ir a sentarse en un butacón, a la derecha de la pelirroja. Los altavoces estaban anunciando la llegada de un vuelo procedente de Estocolmo. Por los grandes ventanales se veía la luz de la tarde que muy pronto sería noche. Ruska esperó a que terminasen de emitir el anuncio de la llegada del avión procedente de Estocolmo, para musitar:

—¿Quién eres y qué quieres?

—¿Eres Ivan Ruska? —preguntó a su vez la pelirroja.

—Sí.

—Soy Nadia Uchenko, de Francfurt. Allá me he enterado de que algo va a ocurrir hoy aquí, en Berlín, concretamente en Tempelhof: se están concentrando, en el aeropuerto, docenas de americanos.

—No es cierto.

La pelirroja le miró entre incrédula e irritada.

—¿No quieres creerme? —exclamó.

—No.

—De acuerdo, camarada. Conozco, por lo menos, a tres de los americanos que hay en estos momentos en el aeropuerto. ¿Conoces tú, personalmente, al camarada Alexei Novof?

—Desde luego.

—Pues ya no lo encontrarás en Tempelhof. Dos americanos se lo han llevado, en un coche…

—¿Tú conocías a Alexei?

—¿Cómo crees que he podido identificarte? Vine aquí, encontré a Alexei, y le dije lo que ocurría. Me dijo que me pusiese en contacto contigo si a él le ocurría algo… ¡Y vaya si le ocurrió! Apenas habíamos terminado de hablar, cuando le cazaron. Todavía me pregunto cómo no me cazaron también a mí.

—Yo también me lo pregunto —sonrió, secamente, Ruska—. ¿De modo que has venido a avisarnos? ¿Y por qué no ha venido tu jefe de Francfurt?

—Eres un estúpido —refunfuñó Nadia—. ¿De dónde sacas que él no ha venido? ¿Crees que yo estaría aquí si no me estuviese guardando las espaldas?

—No creo una sola palabra de lo que dices.

—Eres un tipo interesante —dijo, secamente, Nadia—. ¿Conoces a Pavel Ulianov?

—Sí… A Pavel, sí.

—Fue transferido hace poco a Francfurt. También está conmigo aquí, en Berlín. Concretamente, en estos momentos está a unos veinte metros detrás de ti, hacia tu izquierda. Nos está mirando, y sólo espera que yo le haga una señal afirmativa para ir a buscar el coche, recogernos a ti y a mí, y largarnos de aquí a toda prisa. ¿Le hago la señal, o no?

Ivan Ruska miró disimuladamente hacia donde Nadia le había indicado la presencia de Pavel Ulianov. Y era cierto. Allá, un tanto tenso, mirándole, estaba Pavel. Ruska desvió rápidamente la mirada. Se pasó una mano por la frente. Cuando volvió a mirar a Nadia, ésta comenzaba a ponerse en pie.

—¡Adiós, camarada! —musitó ella—. Te deseo mucha suerte y larga vida.

—Espera. Podemos…

—No tengo que esperar nada. Por ahora no tenemos ni idea de lo que están tramando los americanos, pero no pienso quedarme para saberlo, te lo aseguro.

—Yo sí lo sé. ¡Siéntate!

Nadia vaciló, pero se sentó de nuevo.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó.

—Es muy posible que los americanos pretendan algo, relacionado con un avión nuestro que saldrá de Moscú a las diez de la noche, y que llegará aquí, según horario establecido, a las doce en punto.

—¿Quién viaja en ese avión?

—Nadie importante, pero… Bueno, es imprescindible que ese avión llegue mañana por la mañana a su destino, después de permanecer en escalas controladas en diversos aeropuertos.

—¿Qué clase de aparato es, que necesita tantas escalas?

—No se han establecido las escalas por cuestiones técnicas, sino de seguridad, y para que, aun saliendo nuestro avión esta noche de Moscú, a fin de no ser visto sobre Europa, y sobre todo, no fiscalizado por nadie en la propia Moscú, llegue a las once de la mañana a Madrid, es decir, apareciendo en el cielo español a plena luz del día.

—Entiendo. Pero, camarada Ivan, lo que me has dicho no justifica que quieras quedarte aquí, para que te atrapen los americanos, como han hecho con Alexei. Debemos marcharnos, reunirnos con el residente jefe en Berlín-Oeste…

—Está terminantemente prohibido. Esta es una misión autónoma de control, en la que no deben ser mezclados los servicios habituales en los puntos en que vaya tocando el «Tupolev». Por eso ni tú ni Pavel deberíais estar aquí.

—Buena idea —cortó secamente Nadia—: no tengo intención de quedarme ni un segundo más. ¿Vienes o no?

—No pienso abandonar aquí a los hombres que están esperando instrucciones. ¡Ni abandonaré mi puesto!

—Ivan, no te entiendo —movió la cabeza Nadia—. ¿De verdad no te parece razonable que en estas circunstancias te preocupes, en primer lugar, de retirar a tus hombres del peligro en el que están, y recurrir al residente jefe de Berlín-Oeste para que llame a Moscú y avise de lo que está ocurriendo, a fin de, si fuese necesario, retrasar el vuelo del «Tupolev»? ¿No crees que esto es lo razonable? ¿Por qué poner, en riesgo todas nuestras vidas, si basta una simple llamada a tus hombres y otra, no menos simple, llamada a Moscú? ¡No puedo entenderlo!

Ivan Ruska se pasó una mano por la boca, apretando los delgados labios. Nadia Uchenko se puso de nuevo en pie y, sin más,

comenzó a alejarse del espía soviético. Éste miró a Pavel, que a su vez le contemplaba incrédulamente. Pero Pavel reaccionó rápidamente partiendo en pos de Nadia, y Ruska comprendió: habían hecho todo lo que habían podido, y si él quería quedarse, era cosa suya.

Nadia iba un poco más adelantada que Pavel, pero éste la alcanzó en seguida, y con toda naturalidad la tomó del brazo. El gesto mereció la aprobación de Ruska, que les contemplaba todavía vacilante.

Y de pronto tuvo motivos para alegrarse de no haberse unido a Pavel Ulianov y Nadia Uchenko, en su ruta hacia la salida del aeropuerto. Tres hombres aparecieron ante ellos, tranquilamente, en actitud pacífica. Pero Ivan Ruska había corrido mucho mundo en aquella profesión, y supo en el acto a qué atenerse.

Al parecer, también Nadia y Pavel lo supieron. Uno de los tres hombres recién aparecidos dijo algo, señalando hacia la salida. Pavel y Nadia asintieron con la cabeza. De pronto ella alzó una pierna, y su pie se incrustó entre las ingles de uno de los hombres, que lanzó un berrido y cayó de rodillas. Otro de los hombres estaba metiendo la mano derecha bajo la axila izquierda, pero Pavel se adelantó y le derribó de un directo terrorífico en el pecho… El hombre salió despedido hacia atrás, deslizándose largamente por el reluciente piso.

El tercer hombre estaba saltando contra Nadia… y lo que hizo la joven permitió al hombre seguir en el aire: Nadia le recibió sobre su cadera derecha, le abrazó por la cintura, hizo una flexión hacia delante, y el hombre salió disparado hacia adelante y arriba por el tremendo *Tsuri Goshi*, tan espectacular, que durante un par de segundos dejó atónito a todo el mundo…, mientras Nadia y Pavel corrían hacia la puerta, a toda velocidad.

El hombre que había sido derribado por Pavel de un directo en el pecho, sacó su pistola y disparó.

Desde su posición, Ivan Ruska no oyó los disparos, pero eso no le sorprendió en absoluto. Lo que sí oyó fue el alarido de Pavel, que se llevó las manos a la espalda, tropezó, cayó, se puso en pie y continuó corriendo…

El enemigo que había recibido el puntapié de Nadia, se había revuelto en el suelo, y también sacó su pistola y disparó… Pavel

volvió a gritar cuando, dos pasos por detrás de Nadia, se disponía a salir del aeropuerto. Ivan Ruska le vio caer de bruces y vio también a los tres hombres ponerse en pie, gesticulando doloridos, pero dispuestos a todo. Echaron a correr hacia donde había caído Pavel. De Nadia no había ni rastro ya.

Todo el mundo gritaba, la gente corría, se oían chillidos histéricos… Ivan Ruska echó a correr, de pronto, hacia otra de las puertas de salida. Cuando apareció en el exterior, miró hacia la puerta ante la cual había caído Pavel. Dos hombres le estaban arrastrando, tirando de sus brazos. Un coche llegaba frente a la puerta, y el tercer hombre abría la portezuela derecha de atrás… Pavel fue tirado dentro del coche y los tres hombres se metieron, también, en el vehículo.

Ivan Ruska se alejaba de allí consiguiendo no correr, para no llamar la atención. Unas finas gotas de sudor se estaban deslizando ya por su rostro. Sudor de angustia, de asco por sí mismo: había presenciado la muerte de un camarada, y todo lo que había hecho era escapar corriendo, en lugar de utilizar su pistola contra los malditos americanos. Pero… ¿cómo podía saber si sólo había aquellos tres por allí? Nadia había dicho que habían llegado «docenas» de americanos a Tempelhof… Lejanos, mientras corría hacia el estacionamiento, Ruska oía silbatos policiales. La noche estaba materializándose.

Ni siquiera necesitaba explicarse por qué o para qué corría hacia los coches: simplemente, por instinto, iba hacia allí, dispuesto a robar uno y a escapar a toda prisa, pero debía avisar a sus camaradas que…

—¡Ivan! —Oyó muy cerca—. ¡Ivan!

Tras el sobresalto, vio a Nadia al volante de un coche, al otro lado de la doble fila, en forma de espiga, de coches estacionados. Saltó por encima de dos de estos, cayó junto al coche y se metió dentro junto a Nadia, cuya respiración era agitadísima.

—Han matado a Pavel —jadeó Ruska.

Ella le miró de un modo que a Ruska le pareció de odio, y reanudó la marcha, hacia el extremo del estacionamiento. Ivan Ruska bajó la cabeza, y permaneció en silencio. Casi sentía deseos de vomitar… y por supuesto, comprendía el significado de la expresión de Nadia Uchenko: ella le estaba culpando de la muerte le

Pavel Ulianov. Y lo malo era que tenía razón…

Tit-tit-tit-tit, sonó la pequeña radio de Ruska. Éste la sacó, y admitió la llamada.

—¡Soy Leon! —resonó, en el coche, la voz masculina—. ¿Qué está ocurriendo en…?

—Quitaos de en medio —dijo rápidamente Ruska—. Pero no os alejéis, Leon. Dame un minuto para pensar algo. Dentro de sesenta segundos os llamaré a todos, con instrucciones concretas. ¿Dónde estás ahora?

—En una cabina telefónica.

—Sigue ahí. Supongo que me estáis oyendo todos: no toméis ninguna iniciativa, esperad un minuto.

Cerró la radio, la dejó sobre el tablier y se pasó las manos por la cara. Las últimas palabras dichas por Nadia, en su conversación en el aeropuerto, resonaban todavía en sus oídos casi con la misma fuerza que el grito de Pavel Ulianov. Sí, lo razonable era, en primer lugar, retirar a sus hombres, y recurrir al residente efe de Berlín-Oeste, para que avisase a Moscú…

Miró a Nadia.

—Lo haremos como tú dijiste antes —musitó.

—A buena hora… —dijo fríamente ella—. Y muchas gracias por tu ayuda, camarada.

Ruska palideció.

—No es momento de discutir —murmuró.

—Desde luego que no. Y por otra parte, nuestros camaradas destinados en Tempelhof a tus órdenes, no tienen culpa de nada. Diles que abandonen ahora mismo el aeropuerto, pero discretamente, y en dirección a Volspark Hasenheide, cruzando las pistas. Dentro de una hora podremos pasar a recogerlos en una camioneta. Estoy seguro de que mi jefe la conseguirá. Y si no la consigue, la robaremos. Que esperen en Hasenheide, delante del parque, y que se acerquen a la camioneta que llegará dentro de una hora y hará señales con los faros…

—¡Sí…! ¡Sí, será lo mejor!

Ivan Ruska pasó las instrucciones necesarias, por la radio. Una vez todo aclarado con sus hombres, cerró la radio, la guardó en un bolsillo interior, y miró a Nadia.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—En dirección al Chekpoint Charlie.

—Si tenemos que robar una camioneta, sería mejor hacerlo en otra dirección.

—No hará falta robar ninguna camioneta —dijo Nadia deteniendo el coche—: hace un par de minutos que la llevamos detrás de nosotros.

Ivan Ruska no comprendió, al parecer. Se volvió a mirar por el cristal de atrás y, en efecto, vio la camioneta que les seguía… Es decir, que les había estado siguiendo, ya que ahora, como el coche, estaba detenida muy cerca.

Estaba todavía mirando la camioneta, sin comprender, cuando captó el gesto de Nadia Uchenko. Un gesto que también conocía muy bien Ivan Ruska. Sólo que ya era demasiado tarde: recibió el tremendo impacto del canto de la mano femenina en un lado del cuello, por debajo de la oreja… La cabeza de Ivan Ruska se llenó de luces, pero todavía intentó reaccionar, hacer algo, lo que fuese. El segundo golpe le dejó fulminado.

Entonces, Nadia Uchenko sacó un brazo por la ventanilla haciendo una seña, aunque sin dejar de mirar a Ruska, y musitando:

—Lo menos que te merecías, por cobarde, era un par de buenos golpes como éstos. Y desde luego, no creo que te sientas feliz cuando despiertes.

Capítulo VII

Cuando Ivan Ruska despertó, se dio cuenta en el acto de que estaba en un automóvil. Pero ya no iba en el asiento delantero, sino en el de atrás… Otra cosa que captó inmediatamente fue que tenía las manos atadas a la espalda con algo fino, pero fortísimo. Y también tenía atados los pies.

Tenía un hombre a cada lado, y dos delante: uno de éstos conducía.

—Ya se ha despertado —dijo el hombre de su derecha.

El conductor volvió un instante la cabeza y sonrió al prisionero.

—¡Hola, camarada Ruska!

Ivan Ruska quedó mudo de asombro. Luego estuvo un instante desconcertado. Por fin, palideció intensamente.

—¿Qué significa esto, Pavel? —masculló.

—Significa solamente que la comedia ha terminado. Fue toda una representación en tu honor. Aunque eso sí, espero que admitas que los actores estuvimos a la altura del guión que nos preparó el autor. En este caso, la autora.

Ruska estaba mirando a los otros tres hombres, que no se esforzaban en contener sus sonrisas; eran los mismos contra los que habían luchado Pavel y Nadia en el aeropuerto, los que habían «matado» a Pavel Ulianov.

—¿Te has pasado a los americanos? —susurró Ivan Ruska.

—No entiendes nada de nada —rió Ulianov—. No estamos trabajando para los americanos; ellos no tienen nada que ver con esto. Estamos trabajando por nuestra cuenta, en cierto modo. Al menos, para un particular que ha organizado un grupo interesantísimo. Quizá te gustaría formar parte de él… Vamos a ser la élite del espionaje mundial.

—Ya. ¿Y qué grupo es ése?

—En principio, estamos pensando en llamarlo, simplemente,

Decálogo. Pero quizá esto te sorprenda.

—Lo que me sorprende es que hayas sido tan loco como para meterte en grupos ajenos a la MVD, Pavel. Me parece que no sabes lo que has hecho.

—Lo sé muy bien. Por el momento, he cobrado doscientos cincuenta mil marcos, cantidad que Moscú no me ha pagado jamás. Y cuando digo «jamás», me refiero a la cantidad total, a todo lo que Moscú me ha pagado desde que salí de Kichino, nuestra nunca bien alabada y querida escuela de espionaje.

—¿Y estos otros?

—Más o menos, la historia es la misma. ¿Te gustaría conocer nuestro «decálogo del espía», Ivan?

—No sé.

—Yo creo que sí te gustaría. Pero te lo leeremos luego, cuando lleguemos a destino y no tengamos que hacer otra cosa más que esperar.

—Esperar… ¿qué?

—Ya lo verás.

Ivan Ruska iba a insistir, pero entonces vio que iban circulando detrás de una camioneta que le pareció recordar. Sí, aunque antes la había visto de frente y ahora la veía por detrás, era la misma, seguro… Volvió la cabeza, y vio el coche que les seguía. No sabía lo que estaba pasando, pero fuese lo que fuese, estaba todo bien pensado, bien organizado, bien dirigido.

Poco después, la camioneta se detuvo y, como era de esperar, también se detuvo el coche en el que viajaban Ivan Ruska, y el que les seguía. De la camioneta se apeó la muchacha pelirroja, que regresó hacia el coche. Abrió la portezuela, se asomó, y miró con indiferencia a Ruska antes de dirigirse a uno de los otros.

—¿Todo bien por aquí? —se interesó.

—Yo diría que perfecto —sonrió Manuel Díaz.

—Bien, Voy al otro coche, a ver si Mein Chef y Hans están en tan buen estado de ánimo como nosotros. Estamos a muy poca distancia del lugar de la cita, así que mucho cuidado con Ruska. Si logra avisar a los demás, todo irá mal.

—¿Cómo habría de lograrlo? —Gruñó Emil Laudet.

Nadia Uchenko le dirigió una mirada, y eso fue todo. Cerró la portezuela y fue hacia el otro coche. Al volante iba Hans Frieberg;

en el asiento de atrás viajaba Job Erhard, solo. Nadia pasó a sentarse junto a él, sonriendo.

—¿Cómo van las cosas?

—Si todo terminase tan bien como ha empezado, sería magnífico —murmuró Erhard.

Nadia amplió su sonrisa. Sacó la radio de bolsillo que le había quitado a Ruska, la accionó.

—¿Qué hay? —Sonó en el acto la pregunta, en ruso.

—Os está hablando Nadia Uchenko. No sé si alguno de vosotros me conoce, pero quizá sí me vio alguno recogiendo a Ivan en Tempelhof, con un coche. ¿Me vio alguno?

—Yo os vi —intervino otra voz.

—Descríbeme.

—Alrededor de treinta años, alta, cabellos rojos…, muy hermosa. Llevas un vestido de punto azul.

—Exactamente. Bien, cuando ya escapábamos con el coche nos dispararon, e Ivan está herido. Nada importante, pero he preferido dejarle en… cierto lugar. Él está a salvo. Ahora, escuchadme bien todos. Dentro de cinco minutos, llegaré al lugar de la cita, en la Hasenheide, delante de Volspark, en una camioneta de color claro, matrícula de Berlín MH-6972. Cuando llegue…

—Eres la misma mujer que peleó con aquellos hombres que mataron a otro y se lo llevaron en un coche —la interrumpió otra voz—. ¿Quién era el muerto?

—Pavel Ulianov, un camarada que habitualmente trabaja conmigo en Francfurt. Estábamos allí para advertirle a Ruska de que las cosas se estaban complicando, pero él no quiso hacerme caso. Luego tuvo que cambiar de opinión, pero ya había entretenido demasiado la situación… Ya hablaremos de esto. Os decía que cuando yo llegue al lugar de la cita con la camioneta, saldré de ésta, encenderé un cigarrillo y me quedaré delante del parque, como esperando a alguien. La camioneta se alejará, pero volverá dos minutos más tarde, y hará una señal con los faros. Si yo dejo caer el cigarrillo y lo aplasto con el pie, se detendrá. Inmediatamente todos saldréis de donde estéis escondidos, correréis hacia la camioneta, abriréis las puertas de atrás y subiréis. Yo me acercaré, cerraré las puertas de la camioneta y nos iremos. ¿Alguna duda?

No se oyó una sola voz, de momento. Por fin, alguien preguntó:

—¿Por qué todo esto?

—No tengo ni idea. Sólo sé que los americanos están preparando algo en Tempelhof, y que nuestras órdenes son desalojar el aeropuerto y, cuanto antes, Berlín.

—Pero nuestras órdenes anteriores eran, precisamente, permanecer en el aeropuerto esperando instrucciones de Ivan.

—Ivan no puede daros más instrucciones de las que ya os dio antes, ordenando que subieseis a la camioneta. No obstante —la voz de Nadia Uchenko se endureció, se enfrió—, el que prefiera quedarse en Berlín, que lo haga. Sólo él pagará las consecuencias. Esto es todo.

Cerró la radio y se quedó mirándola. Hans había vuelto la cabeza y, como Job Erhard, miraba también la radio, esperando que sonase, que los hombres de la MVD destinados en Tempelhof insistiesen en preguntar… No hubo llamada alguna; nadie insistió.

—Parece que puede lograrse —murmuró Hans.

—Ruska les habló antes, de modo que deben haber aceptado basándose especialmente en eso. ¡Bien, vamos allá!

Nadia salió del coche, pasó junto al otro, y a una señal suya se apeó de este vehículo el israelita Daniel Lahen. Los dos fueron a la camioneta, Lahen se puso al volante y Nadia a su lado.

—Vamos allá —susurró Nadia.

No tenía motivos para estar preocupada, y esto quedó demostrado muy pronto.

Toda la maniobra se realizó de acuerdo a lo indicado por ella minutos antes por la radio. Bajó de la camioneta, ésta se alejó, reapareció cuando ella estaba a medio fumar el cigarrillo, y Nadia dejó caer éste al suelo. La camioneta se detuvo, y Nadia se alejó unos pasos. Inmediatamente comenzaron a aparecer hombres, todos convergiendo hacia la camioneta. En menos de diez segundos se concentraron allí dieciséis hombres, que fueron subiendo a la camioneta a toda prisa, ágilmente, en silencio. No se veía un alma a aquella hora delante de Volspark, pero habría importado bien poco que hubiese habido gente, pues la operación fue realizada con tal rapidez y silencio, que posiblemente nadie habría notado nada.

Nadia se acercó a la camioneta en el momento oportuno, sonrió a los hombres que la contemplaban desde el interior, y cerró las puertas, colocando la barra de hierro plegable, de modo que no

podrían ser abiertas desde dentro.

Luego, volvió a sentarse junto a Lahen, que estaba tenso, rígidas las facciones. Nadia le miró y sonrió, aunque también un tanto tensa.

—Baja —murmuró—. Y no vuelvas aquí hasta dentro de veinte segundos.

Daniel Lahen asintió y saltó de la camioneta. Nadia abrió el maletín forrado de raso negro, sacó un tarro de crema facial, y de su doble fondo una tira de papel metalizado que contenía varias cápsulas. Las retiró cuidadosamente, colocándolas en la palma de la mano izquierda.

«Cuatro serán suficientes», pensó.

Sosteniendo las cuatro ampollas de gas en la palma de la mano izquierda, sacó una compresa, que se colocó ante la boca y nariz, con la derecha. Luego, giró el torso, empujó con la mano izquierda el pestillo de la pequeña ventanilla que comunicaba la cabina de la camioneta con la caja, y tiró dentro de ésta las ampollas.

Veinte segundos más tarde, cuando Lahen volvió a sentarse ante el volante, Nadia incluso lo había colocado todo de nuevo en su sitio dentro del maletín.

—¡Vámonos!

Treinta minutos más tarde, la camioneta se detenía fuera ya de Berlín, cerca de Blankenfde, al sur de la ex capital germana, en un camino que se dirigía hacia Güterfelde. Lahen apagó y encendió dos veces las luces de posición. Luego miró a Nadia, que asintió y saltó de la camioneta. El israelita metió el vehículo entre los árboles, mientras Nadia esperaba a los tres hombres que se acercaban: Ivan Ruska y, custodiándole, Díaz y Laudet. El cielo estaba encapotado, la oscuridad era total, exceptuando el leve resplandor de las luces de posición de la camioneta y los dos coches.

A una seña de Nadia, Díaz golpeó a Ruska en la parte posterior de la cabeza y el ruso se desplomó, gimiendo, como en un fuerte respingo. Díaz y Laudet le metieron en la caja de la camioneta, tirándole como si fuese una res muerta sobre los demás hombres que tenían sueño para cuarenta y ocho horas.

—¡Apartaos!

El francés y el español se apresuraron a obedecer la orden de Nadia. Ésta tiró dentro de la camioneta otra ampolla, en honor

exclusivo de Ivan Ruska. Luego, la camioneta fue cerrada de nuevo, las barras de hierro colocadas.

Cuando los dos coches emprendieron el regreso a Berlín, dentro de la camioneta estaba todo el contingente de hombres que habían sido enviados a Tempelhof para asegurarse de que no ocurriría nada que pudiese perturbar el destino de cierto avión «Tupolev» que, hacía casi una hora, había salido, del aeropuerto moscovita de Domodedovo…

Capítulo VIII

Finalmente, el enorme aparato soviético se detuvo, dejó de oírse el agudo silbido de sus motores reactores. La enorme mole que parecía imposible pudiese volar quedó inmóvil, parpadeando sus luces, reglamentarias. Eran las doce de la noche en punto. Durante dos horas el «Tupolev» permanecería en Tempelhof, tras la autorización otorgada desde la torre de control.

Todavía parecía estar en el aire el agudo silbido del avión, cuando rodaba ya hacia él la enorme escalera que sería aplicada a su costado. Un poco por detrás de la escalera rodante, un coche particular, que llegó hasta el límite permitido. Luego, del coche se apearon un hombre y una mujer, que continuaron a pie hacia el «Tupolev».

Cuando llegaron junto al aparato, la escalera ya había sido colocada, y la compuerta estaba abierta. Arriba, un hombre uniformado contemplaba a Nadia y a Pavel, que subieron sin vacilar.

—Pavel Ulianov —se presentó éste—. Ella es la camarada Nadia Uchenko. ¿Todo bien, camarada comandante?

El piloto comandante de la enorme nave aérea miraba de uno a otra, en silencio. De pronto, dijo:

—No es así como se me dijo que había sido dispuesto todo, camarada Ulianov. Es más: ni siquiera se mencionó tu nombre. Ni el de ella.

—Hubo un tiroteo en el aeropuerto, debido a una intervención de los americanos. El camarada Ivan Ruska escapó, pero herido; por fortuna, está fuera de todo peligro. No así otro de nuestros compañeros, que resultó muerto, al parecer. Aunque creemos que no, puesto que se lo llevaron. Si le están interrogando, las cosas pueden complicarse todavía más, por lo que convendría despegar cuanto antes.

—Mis órdenes son de permanecer dos horas en Tempelhof. No puedo llegar a destino antes de las once de la mañana.

—Convendría abreviar. ¿Hay combustible suficiente para llegar a su destino?

—Desde luego. ¡Qué pregunta tan absurda! La autonomía del «Tupolev»…

—Cada cual sabe de su trabajo —gruñó Pavel.

—Sin duda, camarada. Bien, tengo que realizar unas formalidades en el control del aeropuerto, pero antes creo que convendría utilizar la radio parta llamar a Moscú, en busca de instrucciones concretas sobre la nueva situación.

—Me parece bien. Vamos allá.

El comandante del «Tupolev» se apartó, señalando hacia proa, por el estrecho pasillo que formaban pilas de cajas de cartón. Todo el enorme aparato, destinado a carga, estaba lleno de cajas de cartón… que pesaban veinte toneladas. Pavel miró a Nadia, y aprovechando que el comandante no podía verles, le guiñó un ojo. Nadia se limitó a sonreír, se acercó más por la espalda al comandante y le aplicó un seco y certero golpe en la nuca. El piloto emitió un resoplido, y habría caído de bruces si la propia Nadia no le hubiese sujetado por la ropa, tirando de él hacia atrás. Le depositó en el piso, se incorporó y señaló hacia delante.

—Es extraño que no haya nadie con el comandante, aquí —musitó.

—Ésas deben ser las órdenes —musitó también Pavel.

Se adentraron por entre las cajas, hacia proa. Estaban cerca de la cabina de mandos cuando se abrió la puerta de un compartimiento, y apareció el copiloto, mirando hacia popa con expresión expectante… Se quedó con la boca abierta al ver a Pavel y a Nadia. Y palideció, cuando la pistola apareció en la mano de Pavel Ulianov, apuntándole al pecho.

—Ssssst… —aconsejó Nadia, llevándose un dedito a los labios.

Pavel se adelantó, y golpeó con la pistola en la frente del hombre, que se derrumbó de lado, contra el tabique, antes de ser sujetado y depositado en el piso.

A la derecha había otro compartimiento en el que se oían risas. Nadia empujó aquella puerta y entró silenciosamente… Se quedó mirando, con seca sonrisa, al hombre y a la mujer… La mujer no

reía en aquel momento. Se estaban besando, ambos de pie, y ella le acariciaba a él, que había desabrochado el uniforme de vuelo de ella y había dejado al descubierto unos grandes, frescos, hermosos senos de increíble blancura, que acariciaba sin duda alguna con gran placer para ella, que se estremecía y gemía.

—¡Qué vergüenza, camaradas! —exclamó Nadia.

Los dos auxiliares de vuelo se separaron, respingando fuertemente… Primero vieron los verdes ojos de la pelirroja. Luego, la pistolita que ésta empuñaba. Por detrás de Nadia apareció Pavel, que tras mirar a los auxiliares murmuró:

—Los demás deben estar en la cabina de mandos. Voy a por ellos.

—Ten cuidado.

Ulianov sonrió, y salió del compartimiento. Nadia hizo unos gestos con la pistola que fueron bien interpretados: los dos auxiliares se volvieron de espaldas, alzando los brazos. Nadia se colocó a un lado de la puerta, en silencio… De algún punto del aeropuerto llegaba el silbido de un reactor, despegando. No tardaron en oírse las pisadas, afuera. Primero entró un hombre, tambaleándose, con la frente llena de sangre, que restañaba con un pañuelo. Detrás entraron otros dos, tan pálidos como el primero, pero incólumes.

—Entonces, ya están todos —dijo Nadia.

—Sí.

—Ve a traer a los pilotos.

Un minuto más tarde, los siete tripulantes del «Tupolev» estaban reunidos en aquel compartimiento, dos de ellos desvanecidos, uno sangrando sin parar por la brecha en la frente, y los otros cuatro, sobre todo la mujer, evidentemente asustados.

—Pero… ¿qué queréis? —se atrevió a preguntar por fin el «radio», comprendiendo que los asaltantes eran rusos—. ¿Qué es lo que pasa?

Ni siquiera recibió respuesta. La pelirroja había sacado una ampolla de gas del maletín, y tras un gesto de Pavel, salieron los dos del compartimiento…, dejando caer la pelirroja, antes, la ampolla dentro. Cuando veinte segundos después abrieron de nuevo la puerta, todos los tripulantes del «Tupolev» yacían dormidos en el suelo.

—¡Fantástico! —sonrió Ulianov, mirando de un modo raro a Nadia—. Eres infalible, camarada Uchenko. Y si no fuese precisamente porque sé que tú eres Nadia Uchenko… ¿O no lo eres?

Nadia Uchenko se quedó mirando desconcertadísima al sorprendido e incluso, de pronto, desconfiado Ulianov.

—¿De qué estás hablando, Pavel?

—No sé… De nada.

Nadia encogió los hombros, y por la radio de bolsillo de Ivan Ruska, llamó a Job Erhard, en cuyo poder estaban las de los otros agentes soviéticos. Pero Erhard debía haber repartido las radios, porque al mismo tiempo que Nadia oía su voz, oía también las de Díaz y Frieberg.

—Todo está listo —dijo Nadia—: podéis venir. Daniel: ¿podemos Pavel y yo adelantar algo para despegar cuanto antes?

—¡No toquéis nada! —Se oyó la alarmada exclamación del expertísimo piloto israelita.

—De acuerdo. Daos prisa.

—Voy a ver —dijo Ulianov.

Fueron hacia la compuerta. Desde allí, vieron los dos coches que se acercaban a toda velocidad hacia donde estaba el «Tupolev».

—Dentro de tres minutos, ¡pif!, estaremos en el aire —dijo alegremente Ulianov.

Nadia asintió, y se dirigió a una de las pilas de pequeñas cajas, que muy bien podrían contener pares de zapatos. Pero no. Cuando abrió una de ellas, su contenido estaba de acuerdo con su peso: un enorme lingote de oro que debía pesar no menos de quince libras.

«Fantástico… —pensó la espía—. Los rusos devuelven parte del oro a España. Entonces, todo debe ser cierto. Y si los rusos devuelven aunque sólo sea una parte…, ¿qué podemos pensar, sino que les interesa grandemente establecer buenas relaciones con España? Y considerando que España tiene un interesante tratado con Estados Unidos, la actitud soviética me parece positiva, en aras a la convivencia. Por lo tanto, querida, este oro tiene que llegar a su destino».

El primero en subir a bordo fue Job Erhard, que lanzó un grito de júbilo cuando Nadia, sonriendo, le puso en las manos el lingote de oro.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

—Sólo falta llevarnos el avión de aquí —dijo Daniel Lahen, con claro sarcasmo—. ¡Vamos, cerrad esa compuerta, y cada uno a su sitio! Me he pasado dos días explicando cómo es y cómo se maneja cada parte de un «Tupolev», así que… ¡manos a la obra! Hans, tú conmigo, de copiloto.

—La escalera aún está junto al aparato —recordó Hans.

—Ni siquiera la tocaremos. ¡Vamos, vamos! ¡Usted también tiene su parte, Mein Chef!

Job Erhard consiguió apartar la mirada felicísima de sus oscuros ojos, del lingote de oro.

—Sí… Sí. ¡Vámonos en seguida de aquí!

Manuel Díaz estaba moviendo la cabeza como si algo no estuviese bien colocado dentro de ella.

—Me gustará ver cómo Daniel levanta del suelo este «pequeño» aparatito —masculló—. ¡Si lo consigue, me como una docena de bombillas encendidas!

—¿Llamo a la torre de control? —preguntó Emil Laudet.

—¡Bastante trabajo deben tener, en estos momentos, en la torre de control! —bufó Daniel.

* * *

—Pero ¿qué pasa? —Palideció el encargado de vuelos de la torre de control—. ¿Qué demonios ocurre?

La respuesta se hizo evidente bien pronto: ocurría que en una de las pistas había dos coches, cerca de un enorme «Tupolev» soviético que tenía adosada una de las escaleras rodantes. Pero esto, en sí, con ser peligroso, no habría asustado demasiado a los empleados de la torre de control. Lo que les dejó estupefactos y aterrados fue cuando comprobaron que, sin autorización previa ni consulta de ninguna clase, el «Tupolev» se disponía a despegar.

—No… ¡No puede ser…!

Podía ser. Las luces habían sido encendidas. La amarilla permanecía fija. La roja y la verde iban cambiando: roja, verde, roja, verde, roja, verde, roja, verde…

—¿Qué hacemos? —gritó el segundo operador de vuelos.

—¡Llama por la radio y diles…!

—¡No contestan!

—Debe ser un secuestro, alguna maniobra de algún comando, o cualquier acción de ese tipo. No van a hacernos caso, de modo que hagamos lo más sensato: vamos a lanzar el aviso de lo que sucede, para que les quede limpio el cielo y puedan despegar por donde quieran y volar hacia donde quieran… ¡Cualquier cosa menos facilitar una colisión, que sería catastrófica para Berlín[1]! De este modo, el «Tupolev» CCCP 89637 de la Aeroflot soviética despegó sin impedimento alguno, y se perdió muy pronto en el encapotado cielo berlinés.

* * *

—¡La madre que me parió! —exclamó Manuel Díaz—. ¡Y yo que estaba convencido, en el fondo, de que todo esto del oro era un camelo!

—¿Un qué? —preguntó Ulianov.

—Una cosa falsa, una burla o una broma —explicó Nadia Uchenko—. Algo así, ¿verdad, Manuel?

—Algo así, no: exactamente así, guapa. ¡Madre mía! ¿Qué vamos a hacer con tantísimo oro?

Job Erhard, que parecía ausente, sentado en el suelo con un lingote en las manos, alzó la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con tantísimo oro? —Musító—. Pues, es bien fácil: dentro de poco cumpliremos todos los objetivos de que les hablé. Pero deberemos tener un poco de paciencia, durante unos meses, que dedicaremos a ir montando nuestra red de espías adictos a mi decálogo, en todo el mundo. De momento, es más que posible que España y Rusia vuelvan a tener dificultades para relacionarse. Y a veces, las dificultades terminan en algo mucho peor. De todos modos, sobre esa guerra no me hago grandes ilusiones. Ahora bien, dentro de un año como máximo, sí les garantizo a ustedes que toda África prácticamente estará en pie de guerra. Y ése será nuestro primer paso. Con todo este oro, las cosas serán muy sencillas para nosotros.

—Estamos volando hacia el Norte, me parece —dijo Nadia—. ¿Adónde vamos, exactamente?

—Dentro de unos minutos iré a darle órdenes concretas a Lehan sobre nuestro destino, pero ustedes pueden saberlo ya: vamos al

mar Báltico.

—¿Cómo, al mar? —Se pasmó Ulianov—. Querrá decir a alguna pista de aterrizaje cercana al mar Báltico…

—No… —rió Erhard—. ¡No! ¡Vamos al mar Báltico, simplemente! Cada uno de ustedes fue bien seleccionado…

—¿Por quién? —preguntó vivamente Nadia—. ¿Por usted?

—Naturalmente…

—¿Nos conocía usted a todos? ¿Quiero decir que ha podido ir obteniendo información de cada uno de nosotros, y que basándose en esa información, nos ha seleccionado y contratado?

—Exacto.

—Lo cual significa que usted pertenece a algún servicio secreto importante. De otro modo, Mein Chef, sería imposible que usted hubiese obtenido información sobre Pavel, sobre mí, sobre Manuel y los demás. Imposible. ¿A qué servicio secreto pertenece usted?

—No tengo por qué dar esa clase de explicaciones. Ahora, escuchen bien lo que haremos: llegaremos a medianoche al mar Báltico; por supuesto, volando sin luces, para no ser vistos. Es evidente que el sonar y el radar registrarán nuestro paso, y sabrán que vamos hacia el Báltico, pero, claro, no podrán decir exactamente en qué punto del Báltico habremos caído. Para todo el mundo, el avión se habrá precipitado al mar. Punto final.

—Pero no son ésas nuestras intenciones —dijo Ulianov.

—Claro que no. Daniel Lahen amerizará, sé que puede hacerlo, y él mismo admitió que tenemos noventa probabilidades entre cien de conseguirlo. Parará los motores y amerizará en una zona del Báltico de muy poca profundidad, hacia el sur de la isla Bornholm. Una vez allí, flotando en la oscuridad, todos nosotros nos dedicaremos a descargar el oro…

—¡Pero qué dice!… —bufó Díaz—. Descargarlo…, ¿dónde?

—Lo tiraremos al mar. Sí, al mar… —rió Erhard—. Y allí, a unos ocho o diez metros de profundidad, y quedando muy pronto oculto por la arena del fondo, permanecerá el tiempo que consideremos prudente, antes de ir a recogerlo; lo cual, se puede hacer sin prisas y sin agobios de ninguna clase, de acuerdo a las necesidades que vayan surgiendo. Bien entendido que no lo descargaremos todo, ya que nos quedaremos una parte para atender necesidades del momento.

—A mí me parece una buena idea —se pasmó Díaz.

—Lo es —admitió Nadia.

—¡Gracias! —rió de nuevo Erhard—. Si lo dice nada menos que la genial Nadia Uchenko, es todo un elogio para mí.

—Estoy pensando —murmuró Díaz— que no valdría la pena cansarse descargando el oro, Mein Chef: bastaría hundir el avión cargado, si tuviésemos alguna embarcación que…

—Está planeado más o menos así… —asintió, complacido, Job Erhard—. Un par de remolcadores vendrán a recogernos. En cuanto al oro, debe ser descargado, porque si hundimos el avión en un sitio que no pueda ser visto, significaría que llegaría a una profundidad tal, que ni siquiera nosotros podríamos tener acceso al oro con la comodidad que es conveniente, Así pues, descargaremos el oro entre todos y ayudados por los hombres de los dos remolcadores, en un lugar de escasa profundidad; ya he dicho que será entre cinco y diez metros. Luego, los remolcadores arrastrarán, al avión hacia el este de la isla Bornholm, donde en algunos puntos la profundidad es superior a los cien metros. Allí, el «Tupolev» será hundido, y esperemos que jamás hallado. Aunque, si hallasen el avión, seguirían sin saber dónde estaría el oro. Pero no lo encontrarán nunca. Mientras tanto, nosotros iremos en los dos remolcadores hacia Copenhague, adonde calculo que llegaremos ya de día. De este modo, mientras habrán estado intentando localizar el «Tupolev» secuestrado, nosotros lo habremos estado hundiendo; y por la mañana, por mucho que busquen ya no encontrarán nada. Y menos a nosotros, que, con el oro que retiraremos de momento, nos instalaremos una semana más tarde en Suiza para comenzar los preparativos que harán arder, no tardando mucho, a todo el Tercer Mundo. ¿Qué les parece?

—Maravilloso… —sonrió Nadia Uchenko—. ¡Sencillamente maravilloso, Mein Chef! Emmm… Bueno, me gustaría… conversar con usted a solas unos minutos, en uno de los compartimientos. ¿Es posible?

—Claro que sí, Pero antes iré a ordenar a Lahen que ponga rumbo al sur de la isla Bornholm.

—De acuerdo. Lo espero, Mein Chef.

Capítulo IX

Job Erhard cerró la puerta del compartimiento y miró a Nadia Uchenko, que estaba sentada en una butaquita, fumando. Ella le sonrió y le señaló otra butaquita.

—Parece que esto es un vestidor y salita de descanso, al mismo tiempo —dijo Nadia—. Estaremos bien aquí.

Job Erhard se sentó y se quedó mirándola. Nadia volvió a sonreír y, de pronto, se sentó en las rodillas de Erhard, y antes de que éste pudiese reaccionar, lo besó en los labios, con tal control de sí misma que no sólo contuvo el estremecimiento de asco, sino que incluso estuvo segura de que conseguía que pareciese que le gustaba… Se lo había prometido a sí misma: tenía que embaucar a aquel hombrecillo. Por supuesto, de ninguna manera iba a experimentar placer, pues la sola idea de volverlo a sentir, en ella le causaba náuseas. Pero una espía de su categoría no podía ir por el difícil mundo del espionaje dejándose dominar por sus reacciones más íntimas. Tenía que ser capaz de sobreponerse a todo, de aceptarlo todo. Y aquel momento y ocasión eran óptimos para un durísimo entrenamiento de control. Y por otro lado, ¿qué era una comedia carente de amor? Para ella, nada absolutamente, y tenía que convencerse de ello una vez más. Sería como si… como si no ocurriese nada. No tenía importancia ninguna… Sólo tenía importancia cuando realmente se entregaba, no sólo de cuerpo, sino también de mente, de sentimientos…

Cuando apartó sus labios de los de él, Erhard musitó:

—¿Por qué haces esto?

—Todo ha terminado bien, ¿no es así? —sonrió dulcemente la espía—. ¡Ahora podemos… concedernos los caprichos que queramos!

—¿Quieres decir que realmente te acostarás conmigo por… capricho personal? ¿Con gusto?

—Claro que sí… —susurró ella—. Vamos, querido, ahora no tenemos por qué interrumpir un momento tan hermoso. ¿Te gusto?

—Mucho —aseguró Erhard, acariciándola.

—Pues si a ti te gusta, a mí también va a gustarme… —suspiró ella—. ¡Oh, sigue, sigue!… Me estás poniendo…

—Pero… ¿vas a querer que aquí mismo…?

—¿Por qué no? —Ella volvió a besarlo en los labios—. Todos los sitios y momentos son buenos para el amor, querido. ¿Acaso no estás bien, conmigo en tus rodillas, besándote?

—Sí…

—¡Así me gusta! —rió ella—. Y quiero que sepas que lo hago con verdadero gusto, no porque crea que así me gano más las simpatías de mi Gran Jefe…, puesto que sé que no lo eres. De todos modos, deseo que me…

—¿Qué has dicho? —susurró Erhard.

—¡Oh, vamos…! Estoy contigo por el gusto de hacerlo. Pero ya te digo que sé que tú no eres Mein Chef. Y te diré cómo lo sé: la otra noche, la primera que pasé en la casa de la Jakob-Kaiser-Platz, te oí, de madrugada. Bajaste a la cocina y yo te seguí… Te oí hablar por radio con el auténtico Mein Chef… ¿Está claro?

—Sí… —rió Erhard—. ¡Ji, ji, ji!… ¡Está claro!

—Sí. Es graciosísimo… Tú te las vas dando de importante, y resulta que no eres más que un segundo a bordo. Iba a decir un… muñequito, pero no. No creo que te dejes manejar como el muñequito preferido de alguien que lo ha estado dirigiendo todo desde el primer momento. Tienes más personalidad, querido… ¡Qué placer, tu mano en mí!

—Yo también estoy disfrutando —aseguró Erhard.

—Me alegro tanto… por los dos. Pero ya que estamos hablando de todo esto, dime…, ¿quién es esa persona? ¿Quién es el verdadero Mein Chef?

—¡Ji, ji ji!… ¿De modo que soy… un muñequito?

—¿Eso te da risa? —sonrió Nadia.

—Eso no… ¡No! ¡Quien me da risa *es usted, agente Baby de la CIA*!

Nadia Uchenko se irguió vivamente, respingando. Pero ya Job Erhard tenía en la mano derecha una pistola provista de silenciador, con la que apuntó al pecho de Nadia, que tras el respingo de

sobresalto, sólo acertó a ponerse en pie, quedando frente a Job Erhard, como aturdida.

—Se ha quedado muda de asombro, ¿verdad? Pues es todo muy sencillo: yo soy Mein Chef.

—No… No, no. Yo le oí hablar con…

—Con nadie. Simplemente, coloqué una onda cualquiera y me dediqué a decir lo que quería que usted oyera.

—¿Quiere decir que sabía… que yo estaba escuchándole?

—¡Naturalmente! Vamos, vamos, Baby, ¡despierte! ¿De verdad cree que me ha estado engañando todo este tiempo? ¡He sido yo quien la ha estado engañando a usted, quien la ha estado utilizando!

—Usted está loco —alzó la barbilla Nadia Uchenko—. ¡Nadie puede manejar a Baby!

—¡Ah, querida mía!; observo que usted es tan orgullosa como yo. Pero, evidentemente, menos inteligente. ¿Cree usted que su querido compañero Roger Mackey llevaba uno de mis decálogos con la dirección y el nombre de la verdadera Nadia Uchenko, porque él había sido tan audaz, valiente y afortunado de conseguirlo de algún modo… admirable?

—¿No?

—Claro que no. Sencillamente, yo busqué a un agente de la CIA y, una vez localizado, lo capturé. Cuando fue el momento, lo llevé delante de la embajada americana, le puse mi decálogo en el bolsillo, y lo empujé… Meter las tres balas en su espalda fue de lo más fácil.

El rostro de Nadia Uchenko estaba demudado, pero su voz sonó tranquila, serena:

—En definitiva, usted quería atraer la atención sobre Nadia Uchenko.

—Así es. Y sabía que si un Simón era asesinado, Baby aparecería en Berlín en un abrir y cerrar de ojos. Y sabía que era tan inteligente que ocuparía el lugar de Nadia Uchenko, y querría engañarme a mí. ¡Vamos…! ¿No podía usted comprender que yo tenía que conocer forzosamente a Nadia Uchenko, y que, por lo tanto, usted jamás podría engañarme? Pero, a fin de cuentas, lo que yo quería era precisamente esto: que Baby entrase en contacto conmigo. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque la necesitaba. Como ya le he dicho, yo soy el único Mein Chef, si bien aquella noche quise hacerle creer a usted que había alguien más por encima de mí, a fin de que usted no actuase directamente, sino que, esperando cazar al cerebro director y creador del *decálogo del espía*, fuese dando largas al asunto, esperando que, ayudándome a mí, llegaría hasta él. Por eso la estuve espiando, y después que usted bajó a fisgar en las cartas de navegación aérea —rió de nuevo Job Erhard—, yo bajé para crear esa situación. Una situación que no sólo me permitiría asegurarme de que usted no iba a matarme, sino que esperaría. Y así, dispuesta a todo con tal de llegar hasta el repugnante ser que estaba tramando guerras y matanzas, me iba complaciendo. Yo sabía esto. Como sabía lo del viaje del «Tupolev», pero no tenía ni idea de cómo detenerlo y quedarme el oro…

—Pero su cómplice que fue operado de peritonitis…

—¡No ha existido, jamás, tal cómplice! ¿No puede entenderlo de una vez? ¡Desde el primer momento, confié en que usted lo haría todo por mí! Por eso asesiné a un Simón, para atraerla. Sabía que cuando plantease el problema de secuestrar el «Tupolev», usted lo resolvería. Y así ha sido. Estamos volando en él, rebosantes de oro, ¿no es así? Sí, sí, sí… Fue una idea genial la mía cuando, después de saber que Rusia enviaría este oro a España, empecé a pensar en lo bien que iría para mis proyectos semejante fortuna…

—¿Entiendo que sus proyectos, realmente, son los que nos ha estado explicando a todos?

—¡Naturalmente! ¡Y también pienso como se indica en mi decálogo respecto al espionaje! Cada uno de esos mandamientos ha sido detenidamente estudiado, tanto en su fondo como en su forma de expresarlo. Además, sabía que eso la soliviantaría a usted: ¡un Simón asesinado por un loco que piensa así de la vida y la muerte en el espionaje y en todo! Sabía que usted me buscaría, así que la puse en la pista, para facilitarle que me encontrase. Era lo que yo quería, para que la tan admirada Baby, de quien se dice que es capaz de todo, consiguiese para mí este estupendo «Tupolev» cargado de oro. Pero; mientras tanto, para evitar que, sencillamente, me matase, ideé la existencia del otro Mein Chef…, a cuyo encuentro creía usted que iríamos con este avión, ¿verdad?

—Francamente, sí.

—Y pensaba matarlo, ¿verdad?

—Por supuesto. Voy a insistirle en una pregunta, Job: ¿en qué servicio secreto trabaja usted?

—En ninguno.

—Gracias. Es todo cuanto quería saber.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Es decir, mucho, pero no pienso explicárselo. Quizá usted sea más amable que yo, en esto de las explicaciones. Por ejemplo: ¿realmente cree que podrá formar ese grupo Decálogo de espionaje criminal probélico?

—Sin la menor duda.

Nadia Uchenko movió negativamente la cabeza.

—En el fondo, un espía es siempre un espía. Y fíjese que digo *espía*, no asesino. Ahí fuera hay cinco hombres que hasta hace poco han sido espías. Si alguno de ellos, además, es un asesino, peor para él. Pero los demás, no; los demás sólo son espías, y aunque ahora, de momento, les haya hecho gracia su decálogo, porque están hartos, decepcionados, amargados de todo cuanto les rodea, no tardarían en repudiarle a usted, en… despertar. Y entonces, Job, esos mismos hombres le cortarían la cabeza a usted.

—¡Imposible!… —rió Erhard—. ¡Porque antes se la habré cortado yo a ellos!

—¿Quiere decir que piensa matarlos?

—¡Pero qué ingenua es usted!… ¡Desde el primer momento pensé en que los mataría cuando ya tuviese el oro donde quiero tenerlo! ¿Cómo iba a permitir que unos cuantos idiotas fuesen por el mundo sabiendo todo sobre mí, incluyendo mi depósito de setenta y cinco millones de dólares en oro? ¡Vamos…!

—Comprendo. Sí, es natural. ¿Y cómo y cuándo pretende matarlos?

—Después de descargar el oro y hundir el avión, pasaremos a dos remolcadores. Es decir, nosotros a uno, y todos los hombres contratados para los remolcadores, irán en el otro. Desde el que iremos nosotros, mis seguidores del decálogo dispararán hasta hundir el otro remolcador y asegurarnos de que nadie escapa con vida. Ellos comprenderán que no podemos arriesgarnos a que alguien sepa la verdad. Luego, yo los eliminaría a ellos, por medio

de una bomba que hay colocada en otro de los remolcadores…, del cual saltaría al mar al amanecer, cuando pasásemos muy cerca de la costa sueca, Y, ¡pum!, adiós a todos. Entonces, sí, empezaría a contratar espías que serían auténticos esclavos míos y de mi decálogo, y que no sabrían de mí más que lo que yo quisiera.

—¡Formidable! —Movió la cabeza Nadia Uchenko—. Es usted casi tan listo como yo, Erhard. Y lo ha sido decididamente en lo de Mein Chef. Realmente creía que había alguien más por encima de usted… y, en efecto, a eso debe el seguir con vida y que yo haya estado secundando sus planes.

—Así lo planeé… Y sepa que no soy casi tan listo como usted. ¡Lo soy muchísimo más!

—No —la mirada de Nadia Uchenko era fría como hielo—. No, Job, no lo es. Desde el primer momento, comprendí que la muerte de Roger Mackey tenía una buena parte de trampa. Las pistas fáciles nunca suelen ser buenas. Por un lado, estaba el hecho de que Simón tuviese su decálogo. Por el otro, el hecho de que cuando me presenté como Nadia Uchenko, usted debió reaccionar, ya que, evidentemente, si sabía dónde vivía, en Frankfurt, la verdadera Nadia, debía conocerla. Yo probé fortuna, y cuando usted me aceptó comprendí que el juego seguía, y que usted había previsto lo que iba a suceder. Es más: había tenido esperando a la verdadera Nadia Uchenko en el hotel, para darme tiempo a llegar. Y en cuanto llegué, usted se presentó a por mí. Yo también pienso, Mein Chef. Así pues, comprendiendo que la cosa no estaba muy clara, he tenido bien guardadas las espaldas en todo momento. Por ejemplo, ahora mismo, hay varios servicios técnicos de los más avanzados rastreando este avión. Saben milimétricamente dónde está, la velocidad a que vamos, el rumbo… Todo. Desde tierra, estos servicios están alertados hace veinticuatro horas. Servicios de la CIA, naturalmente. Y aún hay más: cada cincuenta kilómetros, hay un helicóptero esperándome, para recogerme en el momento en que yo decida aterrizar, y llevarme entonces a Berlín, desde donde, después de arreglar un asuntillo, volveré a mi lugar de procedencia. Pero todavía hay más, Mein Chef: sabía que iba a sonsacarle toda la verdad, así que mientras usted daba instrucciones a Daniel, yo hice un trato con Pavel Ulianov y Manuel Díaz, que han estado escuchando nuestra conversación, pues, como puede ver —Nadia

puso la mano izquierda, abierta, ante los ojos de Job Erhard—, he tenido una radio de las del grupo de Ivan Ruska abierta en todo momento, así que ellos nos han oído. Es más: usted no los ve, porque está de espaldas a la puerta, pero Manuel y Pavel están detrás de usted, apuntando a su canallesco pescuezo, con sus pistolas.

—Mentira… —jadeó Erhard—. ¡Mentira! ¡Todo mentira!

—Matadlo —dijo Nadia Uchenko.

Erhard lanzó un suspiro, y pese a no haber creído lo que decía Nadia, se volvió vivamente, alzando la pistola.

De este modo, las balas que le habrían acertado en la nuca, se hundieron en su rostro, una en la boca y otra en un ojo. Mein Chef lanzó un chillido de conejo y saltó hacia atrás, para quedar hecho un guiñapo a los pies de la espía internacional… La más internacional, audaz e implacable espía jamás nacida, a la que, ahora, Manuel Díaz y Pavel Ulianov contemplaban con los ojos muy abiertos, expectantes, mientras ella ponía en orden sus ropas, ocultando sus encantos.

—¿Qué hacemos ahora? —musitó por fin Ulianov.

—Utilizaremos la radio, para pedir a las autoridades alemanas que despejen una de las autopistas cercanas a Berlín.

—¿Para qué?

—Para que el «Tupolev» aterrice allí.

—¿En una… autopista…? ¡Pero si Tempelhof estará muy cerca!

—Lo sé. Pero sería muy fácil acordonar el aeropuerto, de modo que nosotros no podríamos escapar sin dar demasiadas explicaciones. En cambio, si disponemos de toda una autopista como pista de aterrizaje, y la pedimos con poco tiempo, a fin de que resulte imposible vigilarla toda, podemos tomar tierra allí, saltar de este cacharro y desaparecer en la noche…

—Pero… pero… ¿y el oro? —tartamudeó Díaz.

—Con retraso, pero llegará a España, supongo.

—¡Maldita sea mi estampa!… ¿Y yo qué?

—Tienes doscientos cincuenta mil marcos, ¿no es así? —rió Nadia Uchenko—. En pesetas, calculo que eso debe ser unas… Si no me equivoco, unos seis millones de pesetas.

—Una cochina miseria —farfulló Díaz.

—No estoy de acuerdo contigo. Evidentemente, tú no estás

trabajando para la Dirección General de Seguridad de España, así que debo entender que trabajas para otro servicio secreto… ¡No me digas cuál, no me interesa! Sólo escucha: con seis millones de pesetas, quizá puedas vivir medianamente en España, ¿no?

Manuel Díaz entornó los ojos y estuvo pensativo unos segundos. De pronto, sonrió de oreja a oreja.

—¿Y si te pego un tiro y cobro los cinco millones de dólares que dan por tu cabeza, Baby?

—Evidentemente, eso es lo que pretendía Mein Chef —lo señaló Brigitte Montfort, alias Baby, alias Nadia Uchenko—. Y ya ves qué ha sido de él.

Díaz miró de reojo a Ulianov.

—¿Qué dices tú, ruso? ¿Le volamos la cabeza y nos repartimos el dinero?

—¡Vete a la mierda! —Gruñó Pavel Ulianov.

—Precisamente ahí habrías ido a parar tú, si llegas a aceptar mi cochinada —sonrió el español—. A fin de cuentas, seis millones de pesetas y ser amigo de la agente Baby no es lo que podría llamarse un mal negocio… ¡Vamos, digo yo!

* * *

Por la mañana, el mundo escuchó, con pasmo, la aventura del «Tupolev» soviético que había sido secuestrado, y que, finalmente, había aterrizado en una autopista de la República Federal Alemana. Pasmo de pasmos: la carga del «Tupolev» era oro. Cientos o miles de lingotes de oro sobre los que comenzó a especularse en todos los sentidos…, mientras los resortes diplomáticos rusos y un enjambre de agentes secretos inundaban la zona. Más noticias: una camioneta había sido hallada, después de recibirse una llamada anónima, metida entre los árboles que flanqueaban un camino. Dentro de la camioneta, diecisiete hombres, sumidos en un sueño tan profundo, que, por el momento (las nueve y diez minutos de la mañana), no había modo de despertarlos. En cuanto al «Tupolev», se esperaban pilotos especializados soviéticos para hacerlo despegar de la autopista, ya que nadie se atrevía a intentarlo. Se hacían mil cábalas sobre la persona o personas que hubiesen podido aterrizar con semejante monstruo en una autopista, y se le otorgaba el título

popular de «mejor piloto del mundo».

Pero de este piloto, y de cualesquiera otras personas que hubiera podido haber en el avión, sólo quedaba un rastro: un hombre muerto de dos balazos. Un sujeto menudo que parecía llamarse Job Erhard.

En resumen: los investigadores y los periódicos de todo el mundo tenían material para trabajar largo y tendido…

Nadia Uchenko cerró la radio en la que había estado escuchando estas y otras noticias, y se volvió hacia la puerta, donde acababa de aparecer la espléndida mujer de los ojos azules.

—¡Por fin está de vuelta! —exclamó Nadia, poniéndose en pie—. ¿Cuándo voy a poder salir de esta casa?

Brigitte Montfort, alias Baby, sonrió amistosamente, y fue a sentarse junto a la auténtica Nadia Uchenko. Mientras tanto, en la puerta de la salita quedaban dos Simones, que habían estado custodiando todo el tiempo a la espía rusa.

—Comprenda usted, camarada Nadia —se disculpó Brigitte—, que no podía haber dos Nadia Uchenko circulando, a la vez, por el mundo.

—¡Claro!… —sonrió la Uchenko—. Bueno, ¿qué ha ocurrido? ¿Todo ha terminado bien para usted, sea lo que sea que haya solventado?

—Ha terminado perfectamente. ¿Sabe, camarada? He enviado copias del decálogo del espía a todos los servicios secretos del mundo… Espero no haberme olvidado de ninguno —su ceño se frunció—. De todos modos, si así ha sido, enviaré más copias cuando regrese a casa. ¡Oh!; bien entendido que he añadido algo de mi cosecha a ese decálogo, claro está.

—¿Qué es lo que ha añadido?

—Pues una frase, nada más. Dice así: *lo opuesto a este decálogo en cada uno de sus puntos será y ha sido siempre el decálogo de los espías… amigos de Baby. A todo el mundo, con amor*.

—Es una frase hermosa —musitó Nadia Uchenko.

—Quería añadir algo más, pero lo he considerado innecesario, ya que todos saben muy bien que no perdono a quien mata a un Simón, o colabora en su muerte, o hace cosas como las que se indican en ese decálogo… ¿Dónde quiere que le meta la bala?

Nadia Uchenko quedó lívida, y sus desorbitados ojos quedaron

fijos en la pistolita que empuñaba Brigitte Montfort.

—Pero… pero…

—Nadia: Job Erhard era un pobre desdichado que sólo sabía seguir instrucciones; incluso cuando aparentó llamar a otro Mein Chef, seguía instrucciones. En aquel momento, él no podía estar en contacto con su Mein Chef, pero sí existe tal Mein Chef. Es una persona que conocía mi existencia, que sabe que dan cinco millones de dólares por mi cabeza, que sabía que matando a un agente de la CIA se aseguraba la presencia de Baby en cualquier parte del mundo. Es una persona que tiene acceso a informaciones de espionaje, y así, puede llegar a conocer y localizar espías de otros servicios, como Hans Frieberg, Emil Laudet, Manuel Díaz, Daniel Lahen, y más fácilmente, supongo, de su propio servicio, como Pavel Ulianov. Localizarlos para utilizarlos, sabiendo de antemano que los está condenando a muerte. Una persona con los nervios tan templados, que puede esperar, prisionera, a que sus *muñecos* hagan el trabajo. Esa persona que dirigía a Job Erhard y que, en cuanto supo lo del oro para España, concibió la doble idea de conseguir ese oro y la cabeza de Baby, después que ésta le hubiera resuelto el problema…, ¿quién puede ser, Nadia?

Nadia Uchenko se pasó la lengua por los labios. De pronto, sonrió altivamente.

—¿Yo, quizá? —sugirió.

—Tú lo has dicho.

Plop.

Brigitte Montfort se puso en pie, olvidada ya de la mujer que yacía muerta en una butaca, con un agujero entre las cejas. Se dirigió hacia la puerta, besó a los dos agentes de la CIA en ambas mejillas, y sonrió dulcemente.

—Cuídense mucho, muchachos.

—Lo haremos —susurró uno de ellos—. ¿Qué hacemos con la rusa?

—No me interesa. Tírenla por ahí, como basura que es. Yo tengo prisa… Me están esperando en Venecia.

Este es el final

La pequeña góndola se movía apenas, amarrada a uno de los largos postes de la orilla derecha del Gran Canal de Venecia. Alrededor de ella, se oían motores, gritos de gondoleros, sirenas… Las luces de los *palazzos* y otros edificios se reflejaban en las oscuras aguas… Era una góndola cualquiera. O lo parecía, con su inconfundible forma en la popa, su pequeño camarín para los enamorados que acudían a pasar su luna de miel, o sus días de amor, en la romántica Venecia.

Parecía una góndola cualquiera, pero no lo era, porque dentro del pequeño camarín había dos personajes absolutamente excepcionales.

—De modo —refunfuñó él— que esta vez te las has arreglado sin mí.

—¡Oh, mi amor, vamos!… ¡Son muchas veces las que me las he arreglado sin ti! —exclamó ella.

—Vaya. No eres muy amable, que digamos.

—Tú eres siempre más antipático que yo —aseguró ella—. Hace más de una hora que estamos aquí, nos hemos amado intensamente nada menos que en los canales de Venecia… ¡y ni siquiera me has dicho que me amas!

—¿En qué quedamos? ¿No dices que no necesitas nada de mí?

—¡No he dicho eso! He dicho que muchas veces me las he arreglado sin ti…, pero sólo para espiar, no para amar. Para amar, te necesito con toda mi alma, mi amor…

—¿Como una especie de muñeco mecánico?

Ella se echó a reír. Tomó las manos de él, las puso sobre sus desnudos senos, le rodeó el cuello con sus brazos de seda y oro, y acercó sus labios a los de él.

—Ni tú ni yo hemos sido nunca muñecos mecánicos —susurró —. Pero dime: ¿acaso estás disgustado porque aquel hombrecillo llegó a… al principio de mi camino de amor?

—¡Qué tontería! —farfulló él—. En ese aspecto, sabes muy bien que yo sólo tendría algo parecido a los celos, si el hombre que… recorriese ese camino de amor, parcial o totalmente, lo hiciese con tu consentimiento… No, no: quiero decir, con tus deseos. De otro modo, para mí eso ni siquiera cuenta.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿y si te dijera que me gustó cuando el hombrecillo pomposo me…?

—Simplemente, dilo…, y despejaré el campo para siempre.

—¡Zambomba!, como diría nuestro buen Frankie, ¡qué mal genio tiene usted, señor Tomasini! ¿Acaso no puedo gastarte una broma?

—Puedes hacer conmigo lo que quieras… —susurró Angelo Tomasini, alias Número Uno—. Menos bromear con tu amor, Brigitte.

—Lo siento, mi amor Y como siempre, tienes razón. ¿Me perdonas?

Número Uno se inclinó a besar los senos de Brigitte Montfort, alias Nadia Uchenko, alias Baby…, la cual se estremeció, pero no ciertamente de asco, sino como lanzando hacia fuera parte de aquella felicidad que a veces la llenaba tanto que le parecía que iba a estallar.

—Pero todavía… no me has dicho… que me amas… —gimió cuando las caricias de él fueron aumentando en intensidad—. Todavía no… me… lo has dicho…

—Yo soy hombre de acción, no de palabras… —susurró él—. Y pienso que quizá prefieras qué mi amor te lo demuestre, no que lo hable.

—¡Oh, sí!… —gimió Brigitte—. ¡Oh, sí, mi amor, ven… ven a recorrer… todo mi camino de amor, que siempre… será… para ti… solamente!… ¡Oh, sí, ven…!

FIN

Notas

[1] Se recuerda que el aeropuerto de Berlín se halla en el interior de esta ciudad. <<